

MONOGRÁFICO 2

LUGARES Y PRESENCIAS

(De parajes, animales y plantas de la provincia de Jaén)

ANTONIO TUDELA



COLECCIÓN: FEDERALISMO MUNICIPALISTA

SUMARIO

I. Introducción.....	pág. 1
II. Lugares.....	pág. 2
III. Presencias	pág. 37

LUGARES Y PRESENCIAS

De parajes, animales y plantas de la provincia de Jaén

ANTONIO TUDELA

INTRODUCCIÓN

Antonio Ramón Tudela Cárdenas es el Director de "Cuadernos de Iniciación a la Ciencia CIC" (<http://jaenciudadhabitable.org/ciencia/>) de "Jaén, Ciudad Habitable", además de miembro de "Jaén en Común" y de la Sociedad Giennense de Historia Natural. Los que hemos tenido oportunidad de tener un contacto más directo hemos aprendido mucho de sus conocimientos de biología evolutiva, en la línea del británico J.B.S Haldane y el norteamericano S.J. Gould, que combina con las lecturas de anarquistas como Eliseo Reclus, geógrafo francés y anarquista, autor de "El hombre y la tierra" y de comunistas-marxistas como F. Engels con su "Dialéctica de la naturaleza" o "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre".

Este número recoge un conjunto de intervenciones cortas tuyas, pensadas para la lectura directa en una serie radiofónica, sobre *lugares y presencias* de la provincia de Jaén. Así, se han emitido en el espacio narrativo "Lugares y Presencias" del programa SER Natural dirigido y presentado por María del Carmen de la Torre, en Radio Jaén Cadena SER, y el más largo de ellos (La Peña de Almodóvar) forma parte del primer libro de "Lugares Míticos de Jaén". Nos revelan, fundamentalmente, una forma de mirar el espacio que habitamos, transformamos y compartimos, tanto con las personas con las que nos cruzamos como con el resto de especies que nos acompañan en la tarea cotidiana de vivir y encontrar el modo de resistir, no sólo en los espacios denominados naturales sino también en la ciudad, si es que cabe ya una distinción como esa.

Esa forma de mirar nos revelará, en muchos casos, detalles en los que no habíamos reparado, riquezas desatendidas por un ojo determinado por otros ritmos. Pero no es la mirada del paisajista "burgués" que se deleita idealizando un mundo que le es ajeno, sino la mirada comprometida de quien vive y lucha en un espacio configurado por un haz de relaciones sociales, de convivencia y de explotación.

Por eso, porque los miembros de este Consejo de Redacción se han visto desafiados por estos textos, incluso, a preguntarse si están a la altura "moral" (que no física) de los árboles que acostumbran a ver por su ciudad; y dado que el Consejo piensa que el lector o la lectura pueden verse incitados a cuestiones semejantes, es por lo que creemos que merece tanto la pena esta publicación y, por supuesto, la lectura.

Francisco Sánchez del Pino
Director de "R-Existencias"



LUGARES

COMPLEJO LAGUNAR BRUJUELO CIRUEÑA

Un niño aparece en el centro de la foto, detrás de él un pequeño grupo de carrizos, ninguna vegetación en la lejanía, las lomas se ven peladas porque se trata de tierra calma dedicada al cultivo de los cereales, a la izquierda se ve parte de una extensión de agua y la orilla de la misma, en segundo plano una casa encalada con dos plantas y terrado y unos montones de una especie de tierra blanca que resulta ser sal como aclara el pie de la foto, que dice lo siguiente: “Estepa oriental de Jaén (charca y salinas del Brujuelo).

Posiblemente esta sea la primera foto de la que se tiene constancia de la Laguna del Brujuelo, está recogida en el libro: Las estepas de España y su vegetación, de Eduardo Reyes Prosper en 1915 y realmente muestra un paisaje muy distinto al actual.

La laguna del Brujuelo, del mismo nombre que la cercana aldea del norte del término de Jaén, forma parte de un complejo lagunar junto con la llamada de Cirueña, y las dos se encuentran en la parte más baja de una cuenca entre lomas, antes de cereal, ahora de olivos y aunque sin grandes pendientes, están afectadas por la erosión.

Las lagunas no están a la vista, no se ven desde la cercana carretera de Torrequebradilla, pero desde ésta parte un camino hacía la del Brujuelo que de inmediato se bifurca y de ahí, por unas rodadas que se acaban perdiendo en el olivar, se accede a la laguna. Hasta que no se llega casi a la orilla andando por las camadas, la laguna no se deja ver, rodeada de carrizos y con el agua mojando las primeras hiladas de olivos, que en años lluviosos, cuando los drenajes no dan abasto, acaban secándose por el exceso de agua salada que empapa sus raíces. A unos 300 metros al sur y 6 metros más elevada que la del Brujuelo, se encuentra la laguna de Cirueña, mas pequeña y más castigada por los continuos intentos de desecarla para plantar olivos. Los drenajes de esta vierten sobre la del Brujuelo, lo que hace que Cirueña se quede sin agua mucho antes que su compañera y a veces, en los años de escasas lluvias, permanezca todo el año seca.

Dos lagunas hermanas con una cuenca común, pero muchas veces, al igual que algunos hermanos, no se parecen demasiado. Brujuelo es hipersalina con unas comunidades vegetales que lo atestiguan, salicornias que tapizan el fondo lacustre a finales de verano, cuando lleva varios meses sin agua y que le dan un hermoso color rojizo. Praderas sumergidas con especies cuya única cita provincial se encuentra aquí, comunidades en las orillas, propias de los saladares. En cambio Cirueña posee una vegetación asociada a una menor salinidad, también tiene su pradera sumergida los años lluviosos con especies distintas de las del Brujuelo y un potente carrizal.

Desde una cercana loma, donde afloran los yesos, se pueden ver desde arriba las dos lagunas y casi toda su cuenca en su inmensa mayoría poblada de olivar, cuya erosión amenaza con colmatarlas y el uso de fitosanitarios con la contaminación de sus aguas.

A veces estas lagunas nos premian con el maravilloso espectáculo de una decena de aguiluchos cenizos jugando entre ellos en Cirueña, una de las pocas zonas esteparias que les quedan y que hace tan solo 40 años poblaban toda esta área de la campiña giennense. También se puede ver al aguilucho lagunero sobrevolando Brujuelo al acecho de presas que corren a esconderse entre los cañizos. Avocetas, cigüeñuelas, chorlitejos, concentraciones veraniegas de pagaza piconegra, fochas, patos de varias especies, algún que otro flamenco que para a alimentarse y descansar proveniente de las grandes concentraciones de Fuente de Piedra y las elegantes garzas reales que con su afilado pico cazan algunos anfibios, e insectos acuáticos.

Hasta los años 50 del pasado siglo se estuvo explotando la sal a las orillas de Brujuelo, hoy junto a muchas otras salinas del interior que iniciaron su actividad en la antigüedad, ha desaparecido, aunque en la vecina aldea, cuya salina se alimenta de un manantial que supone parte de la descarga natural del acuífero de las lagunas, y en los arroyos salados de los alrededores, aún perdura esta actividad pero con un sistema moderno.

A pesar de las roturaciones hasta el mismo borde del agua, del control del nivel mediante el sistema de compuertas de los antiguos drenajes, Brujuelo y Cirueña aún resisten el embate de los tiempos al igual que el pequeño crustáceo que vive en Brujuelo y que pone huevos capaces de resistir varios años hasta la vuelta de unas condiciones más apropiadas para vivir.

LOS CAÑONES

Cuando en Jaén hablamos de Los Cañones muchos evocamos, sobre todo los que ya tenemos una cierta edad, un paisaje fresco y umbrío en verano, un río de aguas cristalinas y frías entre paredones calizos cortados a cuchillo, un lugar por el que pasear al lado de un canal lleno de truchas, un paisaje cercano, popular, donde los domingos de verano las familias disfrutaban de un baño en los distintos chilancos y de una tortilla de patatas a la sombra de los álamos, los chopos y las mimbreras de las orillas y a tan solo unos pocos kilómetros de Jaén.

El Río Eliche, que unos kilómetros más arriba bordea el pueblo de los Villares nutriéndose de las aguas que le aporta el Río Frío, penetra en un paisaje antiguo donde la geología domina, donde los estratos calizos van desgastándose poco a poco por la acción del agua que baja brava por un espacio cada vez más cerrado, donde los pobladores neolíticos dejaron las muestras de su arte en buena parte de los abrigos rocosos del cañón. La Cueva del Río Frío, el

Abrigo de la Diosa, el Poyo de Bernabé, entre otras; con figuras zoomórficas, una de ellas parece un toro, otras un grupo numeroso de cabras monteses dos de las cuales en una posición que sugiere el ascenso por los farallones rocosos, algunas con forma humana y una de ellas con aspecto femenino, con lo que parecen ser las cuentas de un collar que le da varias vueltas y que le da nombre a uno de los abrigos.

Un río de montaña donde puede verse a los aviones roqueros anidando en sus paredes.

A veces podías observar al mirlo acuático recorrer el canal de las truchas como un signo vivo de la limpieza del agua, mientras los pescadores varios metros más abajo lanzaban sus cañas a las aguas llenas de truchas. Otras veces oías el grito del halcón acosado por un grupo de chovas piquirrojas, o ver pasar, furtivo, un zorro cruzando las zonas más abiertas y del que apenas vislumbrabas la cola.

Si tenías suerte, podías ver a la pequeña efímera con su vida adulta recién estrenada, con el tiempo justo para buscar pareja, depositar los huevos y morir y cuyas larvas, estas sí más longevas que el insecto adulto, y al igual que el mirlo acuático, nos hablaban de aguas limpias.

Multitud de pájaros, verdecillos, curicas, cabecinegros, carboneros, colorines, verderones... anidaban en unos olivares cercanos todavía sin herbicidas ni plaguicidas y ruiseñores en los sotos cantando de madrugada.

Actualmente el río discurre por el mismo paraje, aparentemente nada ha cambiado, pero ya no paseas junto a las truchas, el canal está seco, se han perdido buena parte de las barandas que permitían pasar por allí y puede resultar peligroso. Algunos chilancos se han colmatado por los sedimentos depositados por las riadas y se han formado otros nuevos, el hermoso bosque de álamos blancos que se extendía por la orilla izquierda del río cuando salía de entre las paredes, ha sido sustituido por un olivar, pero si prestas un poco de atención aún puedes oír al halcón huyendo de las chovas, el viento silbar entre las rocas y a finales del invierno los maullidos de los gatos monteses en sus luchas por aparearse con las hembras. Ahora puedes ver las cabrás monteses por los alrededores como las vieron los habitantes del neolítico, los vuelos nupciales del águila perdicera en el mes de enero y ese mismo paisaje antiguo y geológico con el que podemos seguir disfrutando.

CÁRCELES

El anciano permanecía sentado en un escritorio consultando varios libros a la vez, corría el año 1993 y acababa de cumplir 90 años hacía unos días. Trataba de concentrarse en los libros, pero su mente volaba hacia aquellos convulsos años de la Guerra Civil, en los que fue director

de la institución en la que ahora se encontraba, el Jardín Botánico de Madrid. A pesar de los bombardeos, de un frente a pocos kilómetros y de la escasez de casi todo, había puesto orden y estudiado los herbarios de las expediciones científicas españolas de los siglos XVIII y XIX, derivándolos a especialistas americanos y organizado al evacuación de las maravillosas láminas de José Celestino Mutis a la misma vez que se evacuaban los cuadros el Prado.

En 1939, se había jurado no volver a trabajar en España mientras Franco mandara e inició un largo exilio que lo llevo a trabajar en la rica flora tropical de América y en bastantes países para acabar dando con sus huesos en Washington. Su gran capacidad de trabajo lo había llevado a describir más de mil especies nuevas para la ciencia y a participar en los grandes proyectos científicos en su país de adopción.

A pesar de los años y de una vida de éxitos en la investigación científica José Cuatrecasas, natural de la provincia de Gerona, en muchas ocasiones y en especial las veces que visitaba España, se acordaba de aquellos lejanos años de 1925 y 1926, cuando era un joven botánico de 22 años y recorría los montes de Sierra Mágina con un burro y varias prensas portátiles y algunas de tornillos, que dejaba en el alojamiento, durmiendo en caserías y en pequeños refugios y herborizando las especies vegetales que citaría en su tesis doctoral titulada: "Estudios sobre la flora y la vegetación del Macizo de Mágina". Publicada por el Museo de Ciencias Naturales de Barcelona. Más de 1000 especies y 5000 pliegos de herbario.

El 8 de junio de 1926, él y su hermano Manuel, todavía estudiante, se establecieron en Torres para iniciar su segunda temporada de herborización y empezaron a recorrer los montes de Mágina, mientras el fondista de Torres, Diego Gila, les ayudaba con el prensado y la desecación del material. En esas fechas de la primavera tardía y los inicios de verano, podía recolectar la mayor parte de las especies, en flor o con frutos, dada la altitud de la sierra, lo cual era imprescindible para la determinación del material.

Uno de los montes en los que herborizó fue el que él llamaba el gran Cerro de Cárceles y que describió minuciosamente con su prosa concisa y exacta: *"Las vertientes de Cárceles son muy inclinadas, especialmente la noroeste, en extremo abrupta, coronada de escarpados riscos a cuyos pies se extienden pedregales, producto de la erosión sobre aquellos peñascos."* Cualquiera que haya subido al Cárceles puede comprobar lo acertado de su descripción y aplicarse en carne propia la dificultad de los recorridos por el monte y sus alrededores que el mismo, aunque no profusamente, comenta en alguna ocasión: *"se extiende el barranco muy profundo llamado Perú, cuyo fondo desciende encajonado,... entre grandes rocas y bordeado de vegetación, haciéndose muy difícil el tránsito que efectuamos en fatigosa jornada"*.

El 17 de junio de 1926, en la vertiente noroeste del Cárceles, entre cascajales a más de 1800 m. de altitud recogió una pequeña plantita de la familia de las compuestas, una especie de pequeña alcachofa enana, con un tallo muy corto y una inflorescencia que parece pegada al suelo y surgir de entre las piedras. Cuando fue a proceder a su determinación se dio cuenta que era una especie nunca antes descrita y que además su distribución mundial se reducía a esa áspera ladera llena de piedras sueltas y de difícil acceso. Su fruto era grueso y el vilano de su extremo muy corto, con lo cual su dispersión estaba tan limitada, que la especie no podía

salir de allí. La encuadró dentro del género *Jurinea* y le dio el nombre de *Jurinea fontqueri*, en honor a su maestro, el prestigioso botánico Pio Font Quer, catalán como él. No fue la única especie que describió en su tesis, fueron diez más, en el inicio de un ingente trabajo científico que se alargó durante toda su vida.

Pero aquel verano recorriendo los cerros de Mágina, las pedreras del Cárceles en la tarde en la que descendía con una humilde planta de la alta montaña mediterránea, permaneció siempre en su recuerdo, a pesar del discurrir de su larga vida entre las exuberantes plantas del trópico. Unos montes que marcaron su vida botánica.

CÁSTULO

Una pequeña embarcación ascendía río arriba. Los remos surcaban el agua. Algunos tripulantes con bicheros procuraban alejarla de las orillas y evitar los bajíos que por esta zona eran más abundantes de lo deseado por el patrón. Acababa de dejar atrás el gran Betis y avanzaba lentamente aguas arriba por el río Colorado. Llevaba una carga de ostras que se mantenían vivas en un estanque de agua de mar y que había cargado en la no muy lejana Ilturgi hasta donde llegaban los barcos de mayor calado. El patrón sabía que con lo que cobrara por esa carga iba poder terminar de pagar un préstamo que soportaba desde hacía años y con el que había podido comprar su barcaza y contratar un buen grupo de remeros que también ejercían de estibadores. Las ostras, una vez descargadas, serían pagadas a precio de oro por las familias más poderosas de Cástulo que no se privaban de un manjar como este aunque tuvieran que traerlo tierra adentro, en un viaje de varios días desde la lejana desembocadura del Betis. Desde luego la barcaza no iba a volver de vacío, inmediatamente sería cargada de lingotes de plata procedentes de las minas de la no muy lejana cordillera mariánica que hacían de Cástulo una de las ciudades más ricas de la Bética Romana.

Esta escena ficticia pudo haber ocurrido en cualquier mañana de un año cualquiera del siglo primero de nuestra era, época en la que Cástulo, situada en las cercanías de Linares y perteneciente a su término, era una esplendorosa ciudad ibero romana con un recinto amurallado de 64 hectáreas y un puerto fluvial, el último del sistema del Betis, en el río Guadalimar. Con un entramado de calles con casas de tapial, herencia de su pasado ibero, plazas, fuentes públicas, templos, termas, letrinas y un foro en torno al cual giraba buena parte de la vida de la ciudad.

Dos siglos antes fue la capital de la Oretania ibera y una aliada del poderoso Aníbal durante la Segunda Guerra Púnica, hasta el punto, según cuentan las crónicas, de contraer éste matrimonio en el templo de Tanit en Cartago Nova, con Himilce, la hija de régulo de la ciudad.

Poco después la aristocracia local pacto con el romano Escipión, evitando la destrucción de Cástulo y beneficiándose de un trato preferente de los futuros dueños de Hispania.

Imaginemos otra escena que podría ser contemporánea de la primera: Un hombre sale por una pequeña puerta lateral de un gran edificio de la ciudad, cierra la puerta con llave. La llave le quema en la mano, es el último en salir de un edificio que sabe condenado al derribo en las próximas horas, mira a su alrededor, ve el lugar por donde discurre una canalización de agua, levanta una de las tejas que la cubren y deja allí la llave alejándose rápidamente. Casi 2000 años después esa llave aparece en la excavación arqueológica de la ciudad, en esa canalización que aún se reconoce y junto al dintel de una puerta. El edificio a pesar de haber sido derribado ha conservado los estucos de la pared en un magnífico estado, con sus vivos colores, sus dibujos geométricos y sus motivos vegetales, en el suelo un mosaico de bella factura preside lo que podría ser la habitación principal, con una cenefa a todo alrededor de garzas reales, unas alegorías de las estaciones en las cuatro esquinas y dos motivos centrales correspondientes a sendas escenas mitológicas: el juicio de Paris y Selene y Endimión, además de escenas de Cupido con aves y animales de distintas especies. Un edificio que si bien no se conoce aún para qué se utilizaba, bien podría ser un templo dedicado al culto imperial de Domiciano Augusto, cuya memoria el Senado ordeno borrar de todos los lugares del imperio y que podría explicar el porqué de ese derribo que se sabe provocado y el posterior abandono de una construcción de esas características.

Las excavaciones de Cástulo ofrecen una sorpresa tras otra, pero no es eso lo único que nos brinda esta ciudad. Cuando fue abandonada definitivamente, su espacio fue ocupado por una dehesa y después por campos de cereal y un olivar, actualmente, después de que lo que quedaba de olivar ardiese, presenta el aspecto de un baldío, pero la cercanía del Guadalimar con un soto muy bien conservado, con grandes álamos blancos, fresnos y mimbreras, hace que sea frecuente observar, al mismo tiempo que se visitan las ruinas de la ciudad, la presencia de distintas especies de aves que, para el ojo despierto y la mente curiosa, son una verdadera sorpresa: alguna garza solitaria volando río abajo, aguiluchos cenizos que casi todas las mañanas revolotean cerca de arqueólogos y voluntarios. A finales de agosto se puede ver el maravilloso espectáculo de cientos de águilas calzadas y milanos negros sobrevolando Cástulo durante varias horas en el inicio de una migración que los llevará Guadalquivir abajo hasta el Estrecho de Gibraltar y al África subsahariana, grajillas jugando en los días de viento y en los amaneceres de verano los cantos de los carboneros como trasfondo de las brumas del Guadalimar alzándose entre dos luces con la mole de Sierra Mágina al fondo, un paisaje que ya vieron nuestros antepasados hace varios miles de años y que aún nos sobrecoge.

LA CUEVA DE LOS MURCIÉLAGOS

*A Pedro Cruz, Jose Castillo y Juan Carlos Olmedo
camaradas de aventuras de juventud y madurez*

Corría el verano de 1982 y un soleado domingo que prometía adjudicar a cada cual su ración de veraniego calor. El final del mes de julio discurría sin perdón.

El grupo de jóvenes entre los cuales ninguno alcanzaba la veintena, había madrugado, eran poco más de las 8 de la mañana y ya tenían recorrido la mitad del camino previsto, aún se podía caminar con el sol no muy alto en el horizonte oriental y una ligera brisa los acompañaba en su andar cansino.

El camino de Pedro Codes avanzaba entre olivos centenarios en una ladera que desciende desde las Peñas de Castro, cercanas a Jaén y el Puente de la Sierra, en las juntas de los ríos Eliche y Quiebrajano. Antiguas caserías con sus blancos muros, lo jalonaban entre el canto de los gallos a los que el calor aún no había obligado a buscar refugio y torreones en ruinas que hablaban del pasado fronterizo del paraje. El camino finalizaba en una gran casa derruida, la casería de Pedro Codes, aunque en los mapas la toponimia le daba un nombre mucho más épico, casería de Pedro el Cruel.

Una vereda dejaba los olivos, cada vez más pequeños y serranos y se internaba en una loma con las calizas aflorando junto a una pequeña repoblación de pino carrasco. Y por fin era alcanzado el objetivo: Un pequeño agujero en el suelo por el que solo pasaba una persona, la entrada a un mundo subterráneo en el que permanecerían varias horas lejos de la superficie de la tierra y en la más absoluta de las oscuridades.

Cambio de ropa, puesta a punto de un material precario y obsoleto incluso para aquella época, linternas de petaca, una vieja carburera alimentada por piedras de carburo y agua que daba una intensa llama blanca y los más ingeniosos un casco de albañil con un faro de bicicleta en la parte delantera y la pila que lo alimentaban en la parte trasera.

La primera sala era para dejar las mochilas y a partir de ahí iniciar la subterránea incursión en las tripas de la montaña.

Al pasar a la sala siguiente, a la que se accedía por una gatera casi vertical y con un suelo muy escurridizo, un leve ruido de fondo indicaba la presencia de cientos de pequeños murciélagos de herradura en el techo de la sala, a los que la cueva debía su nombre, algunos volaban de un lado a otro un tanto alterados por la esporádica presencia humana a la que no estaban acostumbrados. La luz del exterior aún llegaba de una manera muy tenue y permitía la existencia de otra fauna como pequeños colémbolos, alguna araña de buen tamaño, polillas, escarabajos, algunos grillos y mosquitos que servían de alimento a los murciélagos y a las arañas.

A partir de ahí una serie de gateras estrechas, que obligaban a arrastrarse para avanzar siempre en descenso, y de salas que permitían la postura erguida, se sucedían hasta alcanzar el punto más bajo de la gruta, un lugar donde se descansaba, se reponían fuerzas, repostaban agua los de las carbureras, se cambiaban pilas y se aprovechaba para fumar un cigarrillo.

Una estrecha subida vertical entre dos rocas daba acceso a una sala pequeña y alta conocida como la Sala de los Órganos con coladas en las paredes semejantes a los tubos del instrumento, chorreantes de agua y de distintos tonos de ocre, grises y verdosos.

Un poco más adelante una travesía sobre una roca inclinada y suspendida sobre la sala inferior, que había que pasar con sumo cuidado para no acabar cayendo abajo, daba acceso a otra subida que desembocaba en una enorme sala con una gran bóveda. La Sala Grande como se la llamaba era un resumen de todas las formaciones que se pueden ver en una cueva. Estalactitas, estalagmitas, coladas, columnas, paredes llenas de pequeñas bolas como garbanzos, finas agujas de carbonatos y un suelo mojado y resbaladizo. Al final del recorrido una pequeña sala llena de agua con el pomposo nombre de El Lago.

De nuevo emprendieron el camino de vuelta para después de varias horas en total oscuridad volver a ver la luz del sol del medio día.

Con los ojos entornados, las ropas llenas de barro, las risas y la relajación del final de la aventura, un baño reparador en la alberca de Fuentedueñas, cercana a la cueva, con sus frías aguas procedentes de un cercano manantial y sus vistas a los cañones del río Eliche, ponía fin a la jornada.

LAS ESTEPAS DE JAÉN

“Las estepas son grandes extensiones de territorio en cuyos suelos dominan extraordinariamente la arcilla o la cal... Las temperaturas que allí se experimentan son de elevado calor estival é intenso frío en invierno... La vegetación está compuesta por hierbas y matas a las que a veces acompañan arbustos”. Con esta definición comienza su libro sobre las estepas españolas el botánico Eduardo Reyes Prosper. En él hace un recorrido por todos los terrenos esteparios del país dedicándole un capítulo a las de nuestra provincia.

A principios del siglo XX buena parte del Valle del Guadalquivir, se encontraba jalonado de extensos campos de cereal, trigos y cebadas cubrían de verde en primavera las onduladas colinas de la campiña giennense. Hasta bien entrado el pasado siglo era frecuente, en los inicios del estío, ver regresar a los segadores a la caída de la tarde a los pueblos cercanos con

sus hoces, sus expresión cansada después de un duro día de trabajo y la piel quemada por el sol.

Solo algún que otro olivar disperso y alguna que otra encina rompen el monótono paisaje que en invierno se hiela una vez tras otra y en verano hace sudar a cualquiera que pase por él.

En los lugares más pendientes las cárcavas hacen su aparición forzadas por el discurrir torrencial de las aguas procedentes de las frecuentes tormentas veraniegas, llevándose al Guadalquivir cientos de toneladas de tierra.

En algunas de las lomas aparecen afloramientos de yesíferos que le dan a los terrenos circundantes un pH alcalino que condiciona en buena medida flora y la vegetación natural del lugar, muy distinta de la de los montes cercanos y compuesta por plantas capaces de crecer en estos suelos ultra alcalinos e incluso con concentraciones altas de sal. Esto, junto al discurrir de arroyos salados con un caudal permanente, ofrece unos fuertes contrastes de color. Los ocres, marrones y beige del terreno, con los verdes de las formaciones de tarajes, carrizos y eneas de las orillas de los arroyos en los que desde la Edad Media se han construido, a lo largo de sus cauces, múltiples salinas que en su mayoría han sido abandonadas y que aportan al paisaje el blanco inmaculado de la sal.

La presencia de bastantes especies de aves esteparias desmiente la imagen que tenemos de las zonas semiáridas a las que consideramos lugares de escasa diversidad biológica. Vejetas, bisbitas, totovías, trigueros entre las pequeñas.

Hasta hace no muchos años todavía se podía ver a la mayor de estas aves, la avutarda, con su espectacular plumaje, de gran tamaño y bastante pesada, tanto que se encuentra en el límite mismo del vuelo. Ortegas, gangas, el pequeño y colorido abejaruco que inverte en África y que anida en las terreras de los arroyos y los caminos, el alcaraván con su mirada amarilla y unos ojos un tanto desorbitados y los aguiluchos cenizos cuya población sufrió un fuerte declive con la introducción de las cosechadoras que arrasaban sus nidos sin posibilidad alguna de esquivarlos.

En los últimos cuarenta años el paisaje de las estepas giennenses ha cambiado brutalmente. Zonas en las que convivían el olivar tradicional con las mieses, barbechos con melonares de secano, garbanzales con laderas pobladas de esparto, baldíos junto a lagunas y charcas salobres, todas ellas sustento y fuente de una gran biodiversidad, han sido sustituidas por el uniforme manto del olivar, en muchos casos intensivo y con riego procedente de pozos profundos. Esta nueva uniformidad ya no permite ver a las avutardas. Las ortegas y las gangas, lo mismo que los cenizos, han quedado reducidas a los escasos campos de cereal o baldíos que salpican menos que más el paisaje, otras en cambio se han adaptado bien al olivar. En cualquier caso el empleo de herbicidas y el excesivo laboreo ha reducido en buena medida los recursos disponibles para la fauna silvestre en el olivar.

Hasta hace poco la carretera que une Jaén con Torrequebradilla seguía siendo de tierra, hace unos años atravesaba un paisaje que ha ido cambiando, pero que todavía conserva en

algunos tramos espacios abiertos donde puedes pensar que estás atravesando la sabana africana en un todoterreno hasta que los bandos de perdices te traen de nuevo a la estepa giennense.

LAS HUERTAS DE JAÉN

“Ninguna descripción, por bella que sea, puede ser verdadera, porque no puede reproducir la vida del paisaje, el correr del agua, el temblar de las hojas, el canto de los pájaros, el perfume de las flores, las formas cambiantes de las nubes; para conocer es preciso ver.” Estas palabras extraídas del delicioso libro del geógrafo y anarquista francés Elisée Reclus, “EL ARROYO”, me vienen algunas veces a la cabeza cuando paseo por las orillas de alguno de los ríos cercanos a Jaén, el Eliche, el Quiebrajano, el Guadalbullón o el mismo río Jaén. Intento reconstruir en mi mente y con la imaginación un paisaje descrito y repetido por las personas mayores junto a las que crecí y algunas de mi entorno más cercano. Incluso evoco la llegada de los hortelanos en los atardeceres de verano, arreando sus mulas con los serones de esparto llenos de la fruta recién recogida, o de habas en la primavera y acelgas, coliflores y otras verduras invernales.

A veces el sabor de una manzana ácida, de las que se compran en el mercado, me trae a la memoria el sabor de las manzanas arenosas que hace años se recolectaban en las vegas de estos ríos, o la vista de una mazorca en la estantería de un supermercado, el recuerdo de la piña de maíz que el hortelano arrancaba de la mata para que te la asases en las ascuas.

Efectivamente, para conocer es preciso ver, ver el paisaje, relativamente cercano en el tiempo, que cualquiera podía admirar desde las lomas del olivar cuyas laderas descendían a los ríos, grandes espacios abiertos surcados de acequias que discurrían entre los caces y el río. Manchas de distintos colores por las que se diferenciaban los distintos cultivos de las huertas. Frutales, peras sanjuaneras, peros de culo de mono, manzanas arenosas, de cera y otras muchas variedades locales de frutas y hortalizas, que lamentablemente ya nadie tiene y muy pocos recuerdan.

Cuando intentas ver mentalmente lo que has visto en otras épocas o te han contado, las imágenes se acaban mezclando y lo que era una amplia vega llena de cultivos ahora es una zona residencial llena de casas y piscinas.

Para conocer es preciso ver. Y cualquiera que mire la foto aérea del vuelo americano de 1956, verá un paisaje agrícola, es casi la una de la tarde de un día de mediados de junio, es posible que en el pago del Infante, en la vega del río Jaén, un hortelano acabe de escardar el

maíz que sembró un mes antes y se refugie del sol en la pequeña casa de labranza, mientras su mujer termina de lavar la ropa en la pila por la que corre continua el agua de la acequia, a la sombra de una noguera. Otro, en el pago de los Morales, ha terminado de recoger los albaricoques y se seca el sudor con un pañuelo. En el ventorrillo del Puente de Jontoya varios hablan del próximo baile de la noche de san Juan, que este año se celebrará en una huerta del pago de la Rata. Todo eso se puede ver en la foto.

No se ven apenas casas, solo algunas salteadas, lejos unas de otras, lejos también de la orilla del río. Sus habitantes conocen bien lo que es ese río cuando ruje.

Un soto muy reducido, más estrecho en algunas zonas que el que hay ahora, surte de escamujo a las cabras que todos los hortelanos tienen y ordeñan a diario. Al lado de estas escasas dos filas de mimbres y álamos blancos, los melocotoneros plantados en el arenal, engordan sus frutos que en las noches de verano le darán su dulzor al ponche hecho con vino blanco, azúcar y canela.

Para conocer es preciso ver. En el paisaje casi veraniego de la foto, se intuye la dureza de la vida en las huertas, la dureza del trabajo, el frío invernal que en la foto ha quedado atrás, el efecto de la intemperie en la piel de las personas. Pero también el olor de las tomateras al ser rozadas por las manos que las cosechan, la alegría comer lo que uno ha cultivado y el sonido de los aguaceros primaverales que suponen un descanso sentado en una silla frente al fuego de la cocina.

Para conocer es preciso ver.

JABALCUZ

Hace ya bastantes más años de los que me gusta recordar, en las soleadas tardes de finales de verano, cuando las higueras de los campos de los alrededores de Jaén están cuajadas de frutos, las majoletas presienten el próximo otoño en las espinosas ramas de los majuelos y las uvas de las parras silvestres ya han madurado ofreciéndonos, a pesar de su duro pellejo, uno de los frutos más dulces que se puede comer en estas tierras mediterráneas. Mis padres y yo, que entonces andaríamos por los 5 o 6 años, tomábamos el autobús a los Baños de Jabalcuz, para que mi padre, que llevaba toda la vida realizando los duros trabajos de los obreros, pudiera recibir los beneficios de las aguas termales en su maltrecha espalda, en unas vacaciones, que como la mayoría de las familias de aquella época pasábamos en casa.

Jabalcuz, la montaña negra de Jaén, el monte de la jarra o el monte del costo, entendiéndolo por este último la planta conocida como balsamita, hierba de Santa María o

menta romana, de agradable olor y amargo paladar, una especie de margarita con propiedades medicinales, que en la época de los árabes parece ser, poblaba las laderas de la montaña y perfumaba los alrededores. A sus pies los baños y un jardín diseñado por el jardinero que realizó la rosaleda del retiro, con una escalera imperial con balaustradas y macetones que unía la plazuela superior, donde se encontraban las casas gemelas y los baños de Jerez, con el paseo inferior que se ordenaba en torno a una fuente circular con la escultura, de estilo helenístico, del niño de la espina. De las terrazas laterales partían pequeños caminos con pérgolas cerradas de vegetación, hasta pequeños cenadores con bancos, un lugar que de niño disfrutaba recorriendo mientras mi padre permanecía en las termas. Este espacio que fue público hasta 1870, año en que fue subastado por el ayuntamiento de Jaén, como la mayor parte de sus tierras de propios y sobre el que no se ha parado de especular hasta la actualidad, ha perdido el encanto de unos jardines semisalvajes que fueron utilizados como lugar de recreo por varias generaciones de jaeneros y que ahora se ven rodeados de viviendas de todo tipo.

Posteriormente he visitado este lugar a lo largo de los años y he podido contemplar el paulatino deterioro que ha sufrido, la ruina de las termas, basuras en distintos lugares, una escalera de piedra que misteriosamente ha sido sustituida por una de hormigón y ladrillos, una operación especulativa que ha privado a la ciudad de uno de sus más soberbios espacios, permaneciendo en la memoria colectiva de los que ya tenemos algunos años y que ha sido declarado bien de interés cultural cuando el daño ya estaba hecho.

La montaña negra sigue ahí, ahora con una repoblación de pinos carrascos y resineros en las partes más elevadas y con las plantas de zumaque que los árabes utilizaban como colorante y que en el otoño le dan a las faldas de Jabalcuz un bello tono rojizo.

Con un poco de suerte se puede ver el vuelo del águila real y del águila perdicera, a escasos cuatro kilómetros de la ciudad y a las cabras monteses que de un tiempo a esta parte se han instalado en sus riscos y en los de las vecinas Cresta del Diablo y la Mella.

El discurrir de las nubes por la cuerda de la montaña ha dado lugar a refranes locales que hacen referencia a lo inminente de la lluvia o la nieve (“Jabalucz con montura, agua segura” o “Cuando Jabalucz tiene montera, lloverá aunque Dios no quiera”).

La subida a la cumbre es larga, diez kilómetros desde el arroyo de Reguchillo, pero una pista te lleva hasta la cima y suaviza en buena medida la dureza de la pendiente, y con nieve es uno de los paseos más hermosos que se pueden dar por los alrededores de Jaén. Si la subida es nocturna, las linternas deslumbran a los chotacabras posados en el camino y los sonidos de las rapaces acompañan a los caminantes bajo un cielo cuajado de estrellas.

Si alguna montaña define a Jaén esta es Jabalucz que desde la lejanía marca la posición de la ciudad y orienta la mirada del viajero que la busca al inicio de las Cordilleras Béticas que se extienden a su espalda.

Cuando miro Jabalcuz pienso en aquellas tardes de verano recorriendo sus jardines o en las nubes que se escurren por sus laderas después de un buen chaparrón primaveral y coincido con Rilke en que la verdadera patria es la infancia.

LA DEHESA DE MATABEGID

Algunos girones de luz penetraban entre la espesa niebla. Los árboles apenas si se dejaban ver como manchas de color gris oscuro entre los grises claros de esas nubes bajas que todo lo impregnaban de humedad. Una humedad que permitía que los musgos con su verde vivo crecieran alrededor de los troncos de las encinas y algunas barbas de fraile colgasen de sus ramas.

El día anterior había nevado y un blanco manto cubría todo el suelo y los matorrales que junto con el silencio le daban al paisaje un aspecto fantasmal.

Entre las viejas encinas podía verse algún que otro quejigo, también de grueso tronco, en este caso con la mayor parte de las hojas en el suelo y tapadas por la nieve, algunas, de un intenso dorado, todavía prendidas de las casi desnudas ramas.

Algunos de los quejigos eran iluminados por los rayos del sol que de cuando en cuando penetraban entre la niebla resaltando sus ramas y sus troncos. Sobre la nieve las huellas de los pocos ratones y topillos que se atrevían a salir de sus refugios invernales y las más grandes de los jabalíes que la removían buscando alimento.

Atravesada por el sendero de gran recorrido GR7, el E4 europeo que empieza en Algeciras y termina en Atenas, recorriendo todo el sur de Europa, la dehesa de Matabegid o de la Mata como se la conoce comúnmente es uno de los encinares y quejigares típicos de la Sierras Béticas mejor conservados y con una gran cantidad de árboles centenarios. Perteneciente actualmente al municipio de Cambil, hasta la segunda mitad del XIX fue de la capital y se accede a ella por la carretera que va desde Cambil a la vecina Huelma.

Iniciando la subida desde esta carretera por el GR7 que en este paraje es una pista, salvo en algunos tramos, en buenas condiciones, se llega a un antiguo castillo musulmán, situado en la frontera de Castilla con el Reino de Granada que aún conserva una era en perfecto estado a la entrada.

En los años 70 del siglo XX apareció en la prensa la noticia de que era utilizado por el grupo terrorista parapolicial de extrema derecha, la Triple A, que también se conocía como el

Batallón Vasco Español, como lugar de adiestramiento y de formación de sus comandos criminales.

El encinar asciende a ambos lados del valle por las laderas del Almadén y de la Peña de Jaén en pleno parque natural de Sierra Mágina, como uno de sus principales núcleos arbóreos a pesar de las roturaciones llevadas a cabo a lo largo de los siglos.

El camino continúa subiendo hasta el conocido como Puerto de la Mata, límite con Torres, un paso natural entre el Almadén y el cerro Ponce que permite cruzar entre las montañas a la vertiente norte de la sierra.

En la parte alta de la dehesa, en primavera florecen gran cantidad de plantas y en altura comienza a aparecer el matorral almohadillado espinoso con sus flores moradas, blancas y amarillas. Centaureas, pequeñas matas de violeta de Cazorla entre las grietas de las rocas, geranio de las cumbres y una multitud de plantas rupícolas que se llenan de flores al final de la primavera cuando las temperaturas se muestran mucho más suaves. Las encinas le dejan paso a los quejigos y a los arces, a los cerezos de santa lucía y las cornicabras, a los espinosos agracejos resistentes a las nevadas.

Los lobos y los lince desaparecieron hace años de estos parajes, perseguidos y exterminados, y otros predadores más pequeños los han sustituido: gatos monteses, zorros, garduñas, jinetas y distintas especies de rapaces diurnas y nocturnas. Pequeñas aves habitan la dehesa en primavera, herrerillos, carboneros, verderones, currucas, jilgueros y bastantes más especies cuyos cantos llenan los oídos de los caminantes que atraviesan la zona.

Las fuertes nevadas invernales, el deshielo, la floración en la primavera tardía, el olor de las resinas en verano y sobre todo los colores cálidos del otoño hacen de la dehesa de Matabegid uno de los parajes más bellos del mediterráneo español.

MINGO

La piara de jabalíes avanzaba despacio entre los matorrales, la luna estaba alta en el cielo y se veía más que en noches anteriores, un manto de claridad permitía ver las sombras y detectar cualquier movimiento a varias decenas de metros. Por más que lo intentaban no podían alejarse de aquel lugar, una valla recorría todo el perímetro de la finca desde un tiempo a esta parte, cuando nunca había estado vallada, además cada cierto tiempo, los disparos hacían su aparición acabando con la vida de algunos de sus congéneres, estaban condenados. La finca, antes dedicada al pastoreo, ahora se dedica a la caza mayor de jabalíes.

Mingo, a escasos 10 km de Jaén, es uno de los parajes más bellos de la provincia. Bordeado por los grandes desfiladeros de Los Cañones y con un manantial de aguas frías y cristalinas, fue una de las muchas fincas de propios de la ciudad. Desamortizada a mediados del siglo XIX, fue adquirida, junto con otras como el Cerro de San Cristóbal, por el ingeniero Felipe Mingo que le dio nombre. Felipe Mingo vino a la ciudad a dirigir la construcción de la carretera de Jaén a Alcalá la Real que pasa por Los Villares y Valdepeñas, desde donde se ven los cortados de la Veleta cayendo a plomo sobre el río Eliche, y la compró aprovechándose del bajo precio al que se vio obligado a vender el ayuntamiento de Jaén.

En la finca, vallada en la actualidad por entero, desde hace varios años no se puede entrar. Un paraje que fue de la ciudad ahora le niega el acceso a sus habitantes, incluso por la conducción de aguas que nutre a Jaén, solo las cabras monteses hacen caso omiso de la valla recorriéndolo a placer

Poblada de coscojas, lentiscos, acebuches y diversas especies de aromáticas, fue en otros tiempos recorrida por los habitantes de los asentamientos prehistóricos de los alrededores que dejaron su arte plasmado en muchos de los abrigos calizos de los paredones, siendo la Cueva del Contadero, ya en el término de Los Villares un abrigo de grandes dimensiones, con una fuente blanqueada y actualmente empleado como aprisco para el ganado, un ejemplo de lugar habitado en la prehistoria.

Las Peñas de Castro, el Canjorro, la vertiente sureste de Jabalcuz, la Sierra de la Grana, el Cerro de San Cristóbal y buena parte de los montes de la sierra de Jaén y de sierra Mágina, se divisan desde sus alturas. La excursión, en otros tiempos en los que se podía caminar por la finca, no era apta, en alguno de sus tramos, para personas con vértigo, sobre todo si se bordeaban los desfiladeros del Cerro de la Veleta, con el discurrir en el fondo, del río Eliche que formaba en alguno de sus tramos, profundas pozas donde se han bañado varias generaciones de jiennenses, a pesar de la frialdad de sus aguas.

A veces varios buitres, procedentes de Sierra Morena o de la Sierra de Cazorla, sobrevuelan el paraje en su devenir diario, más frecuente es ver a las águilas perdiceras o a las enormes águilas reales, oteando el lugar desde arriba al acecho de una posible presa. Tampoco es extraño que un halcón realice su espectacular picado a la caza de alguna paloma y que sea seguido por los ojos curiosos de algún afortunado excursionista.

Lamentablemente Mingo es un ejemplo más de lo que podríamos llamar el “triumfo de los depredadores” sobre los pueblos. El ayuntamiento de Jaén, como tantos otros, se vio obligado a deshacerse de sus tierras, tierras que eran de todos, en beneficio de unos pocos, generalmente hacendados que se hacían con ellas en subastas y además en nombre de la “modernidad”. Las tierras comunales eran consideradas algo anacrónico que se remontaba a veces a la edad media. Un “discurso” que se ha seguido utilizando una y otra vez para saquear de manera continua y sistemática lo público.

No estaría de más que estas tierras revertieran de nuevo a quien fue su legítimo dueño durante varios siglos, pagando por ellas el equivalente actual a lo que se pagó en aquellas

subastas. Y que parajes como este puedan ser de nuevo disfrutados por todos. Quizá nuestra piara de jabalíes pudiera alejarse tranquilamente si así lo desea, o quién sabe, a lo mejor de esta manera deciden quedarse.

EL MOROCHE

Corrían los inicios del siglo XX, podría ser 1905 o 1906. Vicente contaba con 7 u 8 años, pero ya pasaba largos ratos en el pueblo, solo o jugando con sus amigos. Subía montado en el mulo del manijero de la finca que sus padres tenían junto al río y después bajaba andando por las veredas, primero entre unas hermosas huertas abancaladas y surcadas de acequias donde los hortelanos cosechaban todo tipo de hortalizas, muchas de ellas variedades locales como los carnosos “tomates de piel de doncella”, y después entre olivos centenarios, que en verano le permitían hacer parte del camino protegido del sol abrasador.

Años después recordaría su infancia en aquellos parajes, la libertad de la que gozaban los niños que aún no habían empezado a trabajar en las veraniegas tardes de los pueblos andaluces, los paredones calizos y el enorme macizo montañoso que ascendía detrás del pueblo, el río de aguas limpias y cálidas en verano, donde se bañaba con los otros niños y un espeso y fresco soto, donde el sonido de las hojas movidas por la brisa y el canto de los ruiseñores aún permanecían frescos en su memoria.

Muchas veces cuando regresaba a su casa al atardecer le llamaba particularmente la atención un pequeño monte situado al otro lado del río. Comparado con los que había alrededor no parecía gran cosa, apenas si sobrepasaba los 1000 metros de altitud. A veces se paraba a contemplarlo iluminado por la luz del atardecer. Su forma cónica y su posición en medio del valle y rodeado de olivares lo hacían bastante llamativo, a veces veía regresar a esas horas, un grupo de hombres, los alhucemeros, llevando una larga reata de mulas cargadas de sacos y haces de alhucema para la posterior extracción de la esencia de la lavanda.

El Moroche, anteriormente conocido como Almoroches, formó parte durante dos siglos de la frontera entre el reino de Castilla y el reino musulmán. Borneado por dos cañadas reales, la de la Sima y la vereda real de Úbeda a Granada, se lo ve erguirse sobre el valle del Guadalbullón. Actualmente, parte de lo que antes fueron pastos ahora es un espeso pinar de repoblación, favorecida esta por el organismo forestal de la posguerra para tratar de paliar el paro que se cebaba en los trabajadores del campo de la vecina Pegalajar. Aumentó la superficie forestal pero descendió en buena medida la superficie dedicada a la ganadería. En los últimos tiempos, una cantera, la presencia de vallas en distintos lugares y los caminos de acceso cerrados con portones hacen cada vez más difícil la subida a la cumbre del Moroche,

que a pesar de no ser muy alto y estar rodeado de montes mayores, cuenta con un vértice geodésico al igual que los vecinos Grajales en Jaén y la Peña de los Buitres en la Serrezuela de Pegalajar.

Las vistas desde la cima son imponentes, sobretodo porque se puede contemplar el mar de olivos a lo largo del Guadalbullón hasta penetrar en el Valle del Guadalquivir. A veces una pareja de águilas perdiceras sobrevuela el valle y pueden verse desde arriba si se está en la cumbre.

Todavía quedan bastantes zonas cubiertas de alhucema y otras especies de plantas aromáticas a pesar del aumento de la superficie de pinar, pero hace muchísimo que dejó de ser rentable su recogida y ya nadie se dedica al oficio de Alhucemero.

Vicente Aleixandre, pasó largas temporadas de su infancia en el jiennense Molino de Atocha, un molino de aceituna con una elegante chimenea de ladrillo que aún perdura y que se situaba junto a la carretera que iba de Jaén a Granada, justo a los pies del Moroche.

A lo largo de su vida, en sus cartas, hablaba a menudo de sus vivencias infantiles en el molino y en la vecina Pegalajar, pero posiblemente en donde mejor se vea reflejada esta etapa sea en su obra en prosa poética de 1954: Historia del Corazón.

En 1977, cuando el poeta contaba con 79 años, ganó el premio nobel de literatura. Quién sabe, a lo mejor en aquel momento le vino el recuerdo de la vistas del Moroche cuando volvía por la tarde de Pegalajar o de aquel manijero que en el Molino de Atocha le decía “¿Vienes niño?” y lo sentaba en el mulo cuando se iba al pueblo a hacer sus recados.

LA PANDERA

Corría el año 1975, una tarde de finales de verano, un renqueante “dos caballos” del Parque Móvil del Ministerio subía las empinadas rampas de una carretera de montaña, un adulto conduciendo y tres niños charlando animadamente en el asiento trasero mientras el conductor, que era el padre de uno de nosotros y el guarda mayor de la zona, sonreía al oírnos. Al fin íbamos a desvelar el misterio de aquellas instalaciones en la cumbre de la montaña que se veían desde decenas incluso desde más de 100 de kilómetros a la redonda, la imaginación infantil y a veces también adulta y el clima de guerra fría que vivía el mundo hacían que delirantes especulaciones corrieran de boca en boca en el patio de la escuela. Una “base” americana en la cumbre de la Pandera, el monte más alto de la Sierra Sur de Jaén, algunos juraban haber visto un Harrier despegar al lado de la enorme antena con los símbolos de la US Air Force, otros hablaban de camiones cargados de marines subiendo desde los

Villares y todos sospechaban que desde allí se interceptaban las comunicaciones del ejército soviético, dándole a Jaén un papel fundamental en la geopolítica mundial.

Al coronar la cresta se hizo el silencio, el grandioso paisaje que veíamos a nuestro alrededor cortaba la respiración, las sombras del atardecer se prolongaban en las laderas orientales de las montañas, las copas de los pinos brillaban con la luz de primeros de septiembre y las instalaciones militares a las que nos acercábamos empezaron a perder interés para nosotros, pero no el suficiente como para no mirar al soldado con el fusil al hombro que se nos acercaba corriendo entre las rocas. De marine tenía poco, se trataba de un muchacho moreno, con el anticuado uniforme caqui del ejército español de aquellos años que nos pidió la documentación y al que un malhumorado sargento, al reconocer al adulto con el que íbamos, le obligó a devolvérsela rápidamente.

Íbamos a llevarle carburo y pilas para la radio al vigilante que pasaba el verano en la soledad del refugio de la Peña del Altar, pendiente de los posibles incendios en los inmensos pinares de la sierra. La desilusión de no haber visto marines hablando en inglés y mascando chicle, ni harriers estacionados en la cumbre, ni siquiera un mal helicóptero, aunque si había un pequeño helipuerto, se compensó con creces con el paseo andando hasta la Peña del Altar, con las cumbres de Sierra Nevada doradas por el sol del crepúsculo al mirar al sur y un recién construido pantano del Quebrajano lleno de agua.

Después de todos estos años esas imágenes siguen presentes en mi mente, un recuerdo vívido de una aventura infantil en un paraje que con el paso de los años he visitado repetidamente. Ya no hay militares, aunque siguen las antenas, pero las hermosas vistas siguen siendo las mismas. Al sur Sierra Nevada en Granada y Almería con Sierra Arana delante y toda la Sierra Sur de Jaén, Valdepeñas en medio de una hoya de olivos, al suroeste y al oeste las sierras del norte de Málaga y la Subbética cordobesa, al este la mole de Sierra Mágina con los picos de Cazorla y Segura asomando por detrás y al norte la inmensidad del valle del Guadalquivir, el mar de olivos de Jaén, con la cordillera Mariánica al fondo y el valle del Jándula y Despeñaperros rompiendo la continuidad de sus lomas.

Son varios los caminos que los montañeros siguen para coronar los 1872 metros de altitud del vértice geodésico de la Pandera, todos duros, todos hermosos, todos ásperos, todos atravesando un paisaje mediterráneo que poco a poco se va haciendo de alta montaña. Uno de ellos empieza en Río Frío, atraviesa los olivares de montaña de los Villares y a partir del Puerto de la Hoya penetra en un pinar denso con un rico sotobosque de durillos, madre selvas, boj y enebro con sus ramas colgantes que le dan un cierto aspecto tétrico a la luz velada que se cuela entre la espesura de las copas. Al llegar al Llano de la Nava el camino te da un respiro que en los kilómetros anteriores te niega repetidamente, un césped natural entre los pinos resineros cada vez más grandes con el paso de los años. En este llano confluyen otras veredas, la que proviene de la aldea de Castañeda y la de Otívar por Peña Blanca, aquí, contemplando los viejos quejigos con gruesos troncos que en la otoñada adquieren todos los tonos ocres y amarillos y los arces con las hojas rojas, los montañeros preparan la última etapa de la subida, la agreste ladera norte de la Pandera. Conforme vas subiendo los árboles cada

vez son más escasos y más pequeños hasta desaparecer definitivamente acosados por los hielos invernales, el boj domina toda la ladera y en invierno toma una tonalidad verde apagada que le da un aspecto como seco, las señales del hielo se hacen más patentes, rocas cuarteadas y rotas forman pedreras entre las plantas, matorral almohadillado de montaña con fuertes espinas, eléboros, alguna arenaria y un solitario y centenario tejo en medio de la ladera que nadie se explica cómo llegó ahí. A veces se pueden ver volando buitres procedentes de Cazorla o de Sierra Morena en su continua búsqueda de comida, una persistente pareja de águilas reales y caracoles que como vehículos blindados, lo mismo aguantan las temperaturas bajo cero de la ladera norte, que las altas temperaturas estivales de las solanas en otras zonas más bajas de la sierra.

Es una sensación extraña cuando llegas arriba, un esfuerzo de varias horas de caminata por un sendero que se pierde en algunas zonas y que acaba desembocando en la carretera que discurre por la cresta. Hace unos años el soldado de guardia te pedía la documentación cuando te veía aparecer andando, a veces con la nieve por las rodillas. Ahora es normal encontrar varios coches parados en la antigua pista de helicópteros y a veces hasta una veintena de personas andando por el camino que lleva a la Peña del Altar a la que se puede llegar con coche o por los alrededores de la antigua base de transmisiones. El final de etapa de la vuelta ciclista a España ha hecho a la Pandera famosa, se ha construido un nuevo refugio al lado de aquel en el que el foguero pasaba los largos veranos, pero de tal manera que la nieve al acumularse entre los dos está dañando cada vez más al antiguo. En las cercanías de la carretera se ven restos de antiguas etapas, latas, botellas vacías, envoltorios, pero todavía se ven los escribanos montesinos parados en las piedras de la cumbre en los claros días del mes de noviembre y como en aquellos años de la niñez, la grandiosidad del paisaje te sigue dejando sin palabras una y otra vez.

PINARES DEL PARQUE PERIURBANO DE SANTA CATALINA

Corría el mes de junio de 1956, un avión de la fuerza aérea de los Estados Unidos avanzaba despacio sobre el cielo de Jaén, en línea recta, sin cambios en su velocidad y sin variar ni un ápice el rumbo. 19 años antes, 5 trimotores Junkers de la Alemania nazi habían bombardeado la ciudad por orden de Queipo de Llano y habían causado más de 150 muertos entre la población civil, entre ellos numerosos niños, en una ciudad que no se había sumado a la sublevación franquista y había permanecido leal a la legalidad republicana.

En esta ocasión el avión no iba lanzando bombas y es posible que pasara desapercibido a la mayor parte de la población, volaba alto y cada cierta distancia recorrida disparaba una

fotografía. Se trataba de un ambicioso proyecto consistente en fotografiar desde el aire toda la superficie terrestre para trazar una nueva cartografía mundial.

En aquel caluroso mediodía los tripulantes del avión pudieron ver los montes pelados que se extendían al oeste y al sur de la ciudad. En buena parte de ellos se distinguían una serie de líneas paralelas a las curvas de nivel. Eran las fajas de terreno sobre las que se había repoblado o se estaban repoblando los montes del Nederal y Santa Catalina cercanos a Jaén. Una repoblación con pinos carrascos que se inició en aquella ya lejana época y que hoy es la base del Parque Periurbano de Santa Catalina.

En la actualidad una espesa masa de pinos cierra Jaén por su parte sur y oeste, proporcionando un pulmón verde a la ciudad y moderando en cierta medida, solo en cierta medida las muy elevadas temperaturas veraniegas. Un pulmón que haciendo gala a este apelativo, cumple una importante misión en la captura del dióxido de carbono procedente de múltiples combustiones y evita, con su verde oscuro e intenso, el reflejo del sol sobre las claras calizas y la irradiación a la ciudad.

El paseo por sus senderos ofrece al caminante una agradable penumbra, de un tiempo a esta parte amenizada por una cada vez más abundante población de ardillas que no tiene problema para encontrar su alimento en la gran cantidad de piñas del lugar y que exhiben su agilidad ante el que se quiera parar a mirarlas.

Alguna que otra solitaria torcaz, levanta el vuelo espantada por la cercanía de personas o permanece muy quieta ante el acecho de los halcones peregrinos de los cercanos paredones de la Mella.

Desde los miradores del Castillo de Santa Catalina se puede ver uno de los paisajes más espectaculares que pueda ofrecer una ciudad, las casas y las calles de Jaén abajo y ante nuestros ojos el Valle del Guadalquivir en su inmensidad con Sierra Morena al fondo.

Muchas veces los habitantes de una ciudad no son capaces de valorar en su justa medida un paisaje bastantes veces contemplado y con el que se ha crecido, pero son pocas las ciudades en las que saliendo de tu casa andando, en menos de media hora puedas pasear por una espesa arboleda, puedas ver las cabras monteses trepando por los riscos, las águilas perdiceras sobrevolando a veces las casas de la periferia y un paisaje nevado en invierno que corta la respiración.

A veces una solitaria garduña se atreve a cruzar de noche la carretera de circunvalación, que limita los barrios del casco antiguo de la ciudad y el pinar del Santa Catalina, y acercarse a buscar comida en los contenedores; otras un zorro camina de prisa por la cuneta de la misma carretera dispuesto a internarse en el pinar si alguien se acerca; o alguna pequeña comadreja acechando silenciosa a un ratón.

Una red de senderos entre pinos, recorre el monte, todos fáciles de recorrer, el mayor de ellos, el conocido como la Cuesta Negra, asciende desde el Nederal hasta las bordear las faldas de la Mella y después se abre en senderos de distintos tamaños, algunos nos llevan hasta la

Fuente de la Zarza, otros continúan a Reguchillo, al Pilar de los Potros e incluso permiten llegar por veredas y caminos hasta la vecina Martos.

Unos paredones calizos permiten practicar la escalada, justo bajo los muros del alcázar de Jaén.

Aquella repoblación que pudo ver en sus inicios la tripulación del vuelo fotográfico americano, hoy 60 años después, ofrece a Jaén un espacio cercano de expansión, de paseo y de observación de la naturaleza en una ciudad lunar y solar a un tiempo como la describió Miguel Hernández en su artículo “La ciudad bombardeada” en aquel lejano 1937.

LA PEÑA DE ALMODOVAR

El agua manaba de debajo de las rocas. Era un caño constante de un agua fría y cristalina que en los veranos más secos quedaba reducida a un hilo, una pequeña balsa de piedra permitía que el agua se pudiese beber, ésta a su vez desaguaba en otra mucho más grande rodeada de piedras de lavar. Años atrás estas piedras eran utilizadas por muchas mujeres que acudían a diario a lavar ropa por encargo de familias que podían permitírselo y era frecuente ver el roquedal que acunaba el estanque lleno de sábanas blancas secándose al sol.

Mi abuela era una de esas mujeres. Muchos días, antes del amanecer, con mi padre en brazos y una enorme canasta trapos, sobre todo sábanas y ropa blanca de familias acomodadas de la ciudad que podían disponer de alguien que lavase su ropa, ocupaba su lugar en el lavadero, junto a otras muchas mujeres que iban llegando a lo largo del día y que durante siglos habían trabajado jornada tras jornada en aquellas piedras. Pasaba toda la mañana lavando y poniendo a secar los trapos en las rocas de la ladera que ascendía desde el mismo estanque y que brillaban por los largos años de desgaste producido por las sábanas extendidas y los pasos de las mujeres que subían por ellas una y otra vez.

Varias generaciones de mujeres han ido a lo largo de los años un día tras otro, muchas veces al igual que mi abuela, con sus hijos pequeños en brazos, a lavar a la Fuente de la Peña, un manantial cercano a Jaén del que afloraban las frescas aguas de las entrañas de la Peña de Almodóvar.

El agua, desaguada del estanque con una pequeña compuerta, iba a regar las huertas del cercano Jardín del Obispo. Una casería levantada a finales del siglo XVI por el obispo Baltasar de Rojas y que todavía sigue en pie. Aún hoy mantiene la belleza de sus agrestes jardines y de su paseo empedrado bordeado por grandes tilos desde cuyo inicio se puede ver el caserón de portada barroca. Hasta su expulsión en el siglo XVIII, estuvo arrendada por los jesuitas que

utilizaban parte de sus rentas para el culto de la Virgen del Alba que permanecía en la iglesia del convento jesuita de la calle Compañía.

Desde ahí seguía su camino hasta el arroyo de Valparaiso que le da nombre a todo el valle llamado así por su belleza.

El relieve de la Peña de Almodóvar es fácilmente reconocible en el entorno de Jaén. Está formado por materiales carbonatados de composición calcárea y de una cierta dureza. El agua procedente de la lluvia se infiltra en ellos produciendo la recarga del acuífero cuya salida natural es el manantial de la Fuente de la Peña, incluso en épocas de fuertes lluvias se produce la salida por otros lugares próximos que forman una red de cortos arroyos que acaban desaguando en el estanque.

Un monte de roca viva, habitado desde la prehistoria por asentamientos humanos que dejaron su arte en algunos de los abrigos rocosos que abundan en sus cimbras. Un grupo de figuras de color rojo oscuro muy mal conservadas, restos de un zoomorfo y un pectiniforme en la parte superior y otra figura animal, que aunque su estado de conservación es también bastante malo, se puede apreciar en ella una cierta complejidad en sus trazos con una cabeza con las orejas bien marcadas y una larga y erguida cola.

Una antigua leyenda habla de la existencia de un horrendo monstruo que vivía en los lavaderos de la Fuente de la Peña.

Cuenta esta leyenda que un día a la caída de la tarde, cuando un arriero regresaba a la ciudad procedente de los Villares tirando de su recua de mulas, al pasar junto a la Fuente de la Peña, oyó el llanto angustiado de un niño muy pequeño. Miró a su alrededor y vio que no había nadie a la vista. Se acercó a los lavaderos y allí pudo ver a un bebé llorando. Por el llanto desconsolado le dio la impresión de que lo habían abandonado en aquel lugar hacía ya un largo rato. Decidió cogerlo y llevarlo con él a Jaén. Lo cargó en su misma mula bien protegido y acomodado a sus espaldas. Conforme se iba acercando a la ciudad, ya casi vislumbrando las primeras casas al otro lado de la Puerta de Granada en la muralla, reparó en que a la mula cada vez le costaba más andar, notaba su sudor en las piernas y la respiración más resollante conforme avanzaba. Pensando que podían estar algunas de las mulas que llevaba detrás reteniendo a las de delante, se volvió en la albarda para ver qué era lo que pasaba y en vez de ver al niño pequeño que un momento antes había recogido y acomodado en la grupa de su mula, apareció ante su vista un temible monstruo de garras y dientes afilados y mirada burlona que con una sonrisa irónica le preguntó: - ¿Tienes dientes como yo? El arriero saltó de la mula y huyó a todo correr abandonado la recua.

La misma leyenda cuenta que a veces el monstruo que habita en la Fuente de la Peña, llora su suerte con llanto de niño y que este llanto puede ser oído por algunas de las personas que pasan por el lugar.

A mediados del siglo XIX, desde la Senda de los Huertos, se divisaba y un paisaje montañoso en donde se iba difuminando una ciudad que recordaba a una población del norte

de África. Cipreses, alguna palmera, las tejas árabes de las casas y las fachadas encaladas, le daban a Jaén ese aire de ciudad solar y lunar a un tiempo con el que la describió muchos años después el poeta Miguel Hernández.

Por aquella época, la Peña de Almodóvar y otros montes cercanos a la ciudad eran recorridos por el botánico danés Johan Martin Cristian Lange, bibliotecario de la biblioteca botánica de la Universidad de Copenhague. Cada vez que miraba las montañas, que a esas alturas de la primavera empezaban a amarillear, las comparaba con la orografía llana de su tierra, pensando en las duras subidas que le esperaban en los próximos días y en el calor que se dejaba sentir y que no aguantaba muy bien, sobre todo después de haber pasado largas temporadas en Groenlandia, era un explorador botánico nato y a pesar de las cuestas y del calor disfrutaba de su trabajo que para él era su pasión. Lange estaba por aquellas fechas inmerso en un proyecto que no culminaría hasta casi 30 después junto con el botánico alemán Willkomm, una flora hispánica, la última escrita en latín y que durante un siglo usaron los botánicos y estudiantes como obra de consulta y determinación de especies. A él le había tocado herborizar en los alrededores de Jaén y estaba disfrutando con la tarea. El grandioso paisaje que contemplaba desde las laderas de la Peña de Almodóvar lo reafirmaba en la idea de estar en una ciudad moruna. Esta sensación solo era desmentida por la hermosa catedral de fachada barroca que se veía desde ese lugar en todo su esplendor como apareció tiempo después en los cuadros de los paisajistas gienneses del siglo XX. Pocas ciudades disponen a escasa distancia de sus calles de un mirador natural tan majestuoso como este. Desde la cumbre la ciudad se extiende a sus pies.

La Peña de Almodóvar, junto al Monte de Santa Catalina y la Mella envuelven la ciudad por su extremo sur y le dan a Jaén el aspecto de una población serrana que se escurre por sus laderas hasta la campiña del Guadalquivir.

Su ladera norte, que mira a la ciudad, se puebla en otoño de los rojos vivos de los zumaques, situados en la base de unos grandes paredones donde los halcones peregrinos anidan e inician sus incursiones a la cercana capital. En la época de la migración, a veces se pueden ver a los halcones abejeros sobrevolando sus laderas en mitad del largo camino que los llevará al África ecuatorial o los Milanos negros a los que no les duelen prendas el sobrevolar la ciudad. Otras veces un par de buitres posados en su cumbre descansan de los largos vuelos que los traen de Cazorla o de Sierra Morena. Hasta hace poco una pareja de águilas perdiceras anidaban en esos cortados un año tras otro, y podían verse sus vuelos nupciales a finales de diciembre y principios de enero en las cercanías de Jaén y oírse, a pesar de ser un animal bastante silencioso, el silbido dulce y aflautado que emite en un tono bastante más bajo que el de otras rapaces en esas épocas de reproducción.

Los suelos son algo más profundos que en la ladera sur y permiten el desarrollo de una vegetación arbustiva e incluso arbórea, con un pequeño bosquete de pinos carrascos, majuelos, encinas de porte achaparrado, retamas y cornicabras que indican una cierta humedad en la umbría y algún pino piñonero.

Un pequeño llano a media ladera rodeado de almendros, majuelos y pinos carrascos, conocido en los barrios limítrofes como la Plazoleta del Alma y llamado también Plaza de Armas, ha sido el escenario de los novillos de varias generaciones de niños de los colegios cercanos que se iniciaban en las aventuras que los llevarían a la vida adulta. Lo que parecía una antigua era donde se trillaba la cebada cultivada en roturas del monte cercanas, en la actualidad ha perdido la mayoría de los almendros que la rodeaban pudiéndose ver aún los troncos cortados de algunos de ellos.

Ciertas mañanas de los meses de abril o mayo, cuando la temperatura empezaba a subir, la luz era más intensa que un par de meses antes, hasta el colegio de San Felipe, por aquella época aún Santo Tomás, llegaba el olor fresco de las plantas en primavera, algunos niños recibíamos la llamada que la Peña de Almodóvar nos hacía, un guiño invisible para muchos, pero que otros de inmediato notábamos. Esa mañana la pasábamos vagando por sus laderas, buscando nidos de pequeñas aves en los olivares que bordeaban los barrios de San Felipe y la Glorieta, persiguiendo las lagartijas que empezaban a tomar el sol en lo alto de las piedras sin pensar mucho en la bronca que nos íbamos a llevar después, cuando nuestros padres se enterasen de que habíamos faltado a clase. Inevitablemente esas aventuras finalizaban en la Plazoleta del Alma comiéndonos el bocadillo que nuestras madres nos habían preparado, sentados debajo de los almendros que bordeaban aquel llano y que a esas alturas del año ya se habían cubierto por completo de hojas, o buscando infructuosamente alguna alloza olvidada y escondida entre las ramas de los almendros.

En la ladera sur la roca aflora de tal manera que a la vegetación arbórea prácticamente le está vedado el crecimiento. Las plantas se asientan entre las rendijas que quedan en las rocas y solo les está permitido crecer a plantas herbáceas y arbustivas de pequeño porte. Espartos en los lugares más altos, hiparrenias en las partes bajas de las faldas, festucas que son comidas por los rebaños que han pastado en la ladera durante siglos, los candilicos de bruja que florecen en las primaveras tempranas y que fueron utilizados en emplastos para curar quemaduras y sabañones, tomillos y mejoranas que transmiten los aromas mediterráneos durante todo el año. En algunos puntos donde el suelo es más profundo, puede crecer un solitario acebuche resistente a la poderosa insolación que recibe el monte durante los calurosos veranos de Jaén. Pitas originarias de zonas áridas americanas crecen en los lugares más bajos del cerro y florecen una única vez en su vida, a veces si las condiciones en las que viven no son muy buenas, a la edad de 90 años, con una espectacular inflorescencia del tamaño de un árbol pequeño, muriendo después. En las zonas frescas y húmedas de los paredones rocosos viven los culantrillos y el ombligo de venus.

Junto a la Fuente de la Peña, a escasos cien metros, una pequeña ermita al lado de la carretera, con las paredes pintadas de cal, un porche con dos columnas cuadradas, vigas de madera y una modesta espadaña sin campana coronada por una cruz, encierra la talla del Cristo de Charcales, popularmente conocido como el Cristo del Arroz.

No se conoce de manera fehaciente el origen de esta ermita, pero parece ser que a comienzos del siglo XVII, junto a las ruinas del antiguo santuario de la Virgen de la Peña, unos

campesinos encontraron una estampa con un Cristo flotando en un charco. Como en muchas de estas historias la realidad, la ficción y la leyenda se acaba mezclando. Los campesinos al recoger la estampa hicieron la promesa de construir una ermita con la imagen del Cristo esculpido en madera, si la epidemia que en aquellos días assolaba la ciudad no afectaba a aquel lugar donde ellos vivían. A haber sido encontrado en un charco le debe su nombre el Cristo de la ermita.

La romería se celebra todos los años el segundo domingo de mayo y como buena parte de las mismas va acompañada de un buen surtido de cohetes y tambores, en sus orígenes fue una romería ligada a campesinos y pastores, pero posteriormente se ha integrado en la vida del barrio de la Glorieta que celebra sus fiestas haciéndolas coincidir con el fin de semana de la romería. Desde hace ya mucho tiempo, las gentes que acuden a esta, se dispersan por los alrededores de la ermita para comer el arroz que muchos de ellos cocinan allí mismo y que le ha dado su nombre popular al Cristo.

La Peña de Almodóvar se encuentra circundada en buena parte de su extensión por dos carreteras, por un lado la de circunvalación continuada por el camino que sube a la Mella y por otro la carretera de los Villares, solo queda sin rodear la parte en la que confluye con este último monte. Eso ha hecho de ella un punto de atención para muchas de las personas que han pasado por esos caminos y junto con su cercanía a la ciudad un lugar donde se han construido caserías y otras edificaciones ligadas a la vía de entrada a la ciudad que es la carretera de los Villares. Justamente entre la ermita del Cristo del Arroz y la Fuente de la Peña, todavía se ven las ruinas de lo que fue una de las ventas de se erigían en las entradas de la ciudad, en ella paraban los campesinos que venían de sus labranzas, los arrieros con las mulas para beber un chato de vino antes de entrar en la ciudad, o personas que paraban a tomar un refrigerio antes de seguir con su viaje.

En los años 40 del siglo XX, el guerrillero antifranquista Tomás Villén “Cencerro” convertido en jefe de las partidas guerrilleras de la Sierra Sur llevaba sus acciones hasta los alrededores de la misma capital, caracterizadas estas por la rapidez y por la capacidad de recorrer largas distancias. En 1947 “Cencerro” se reunió en esa misma venta en varias ocasiones con los enlaces del Partido Comunista venidos de Sevilla y con miembros de la dirección clandestina de Jaén.

Años después, cuando ya la venta había dejado de tener su función original, se convirtió en un famoso local de alterne conocido como “La Cabaña” que a finales de los años 60 y durante los años 70 se hizo muy popular en la capital. Situado a las afueras de la ciudad, que por aquellos años casi había alcanzado su fisonomía actual en su extremo sur y que todavía conservaba el enorme símbolo del yugo y las flechas junto a las últimas casas. En una época en la que había cosas que no se podían ni nombrar, cuando empezaba a anochecer algunos coches aparcaban junto a sus muros y los niños que muchas veces todavía estábamos jugando y apurando las largas tardes de verano en la Fuente de la Peña, mirábamos con curiosidad las paredes que sospechábamos encerraban inconfesables misterios detrás de sus luces de

colores. Es curioso pero no se encuentran referencias en internet a este local que llegó a ser tan conocido.

Actualmente solo quedan las ruinas bordeadas en su parte posterior por la vía verde de Jabalcuz. Junto a la vía, metida entre la maleza y pegada a la tapia de la antigua venta, hay una escultura consistente en un corazón rojo con una hendidura que lo transforma en una alcancía y al lado una antigua moneda de 25 pesetas de la época de la dictadura, que parece que va a pasar por la rendija del corazón de un momento a otro. Amor por dinero, todo un símbolo del comercio que allí acontecía.

Siguiendo ese mismo camino, una enorme cantera que se ve desde bastantes kilómetros a la redonda, ha horadado parte de la ladera sur, conocida también como la Solana, un terreno del ayuntamiento, de las antiguas tierras de propios, que se salvó del espolio al que estas fueron sometidas durante el siglo XIX, tal vez por su aspecto escarpado y pobre de vegetación. Mediante una concesión, durante varios decenios ha surtido de grava y de bloques de piedra a distintas obras. Lo que no hicieron los espolios decimonónicos lo ha hecho la extracción de roca caliza. Hace unos años las explosiones de los barrenos aún se oían desde algunas zonas de la ciudad y motivaban la parada del tráfico en la carretera de los Villares. La continua extracción de piedra ha modificado los niveles freáticos de la montaña, y el conocido como el Ojo del Buey, la salida natural de un pozo artesiano, ya no expulsa el agua a borbotones como hace unos años después de las lluvias abundantes. En esos momentos era muy frecuente que muchos vecinos de la Glorieta y otras zonas de Jaén acudiesen al lugar a contemplar la cascada que se generaba junto a la carretera y que en unos días desaparecía con la misma rapidez con la que había surgido.

La parte trasera es la misma imagen de la desolación. La ladera, cortada casi a plomo y del color totalmente blanco de las calizas recién rotas, es una gigantesca herida en el monte. Parte de ese hueco ha sido rellenado con los escombros y materiales de cualquier tipo que imaginarse pueda y una pista en zigzag asciende cansina hasta zonas cercanas a la cumbre.

Del Ojo el Buey, antiguo descansadero de ganado, parte el cordel del collado de la Yedra, que finaliza en Jabalcuz.

Cuenta la leyenda que en este paraje había un tesoro escondido. Muchos fueron los que excavaron, pero solo uno consiguió interpretar bien la pista que circulaba entre ellos: "En frente del toro está el tesoro" y excavo por encima del Ojo del Buey encontrándolo en lo que sería la testuz del animal.

Curiosamente en Puerto Rico también hay una leyenda de un tesoro ligada a una roca conocida como el Ojo del Buey. En una playa de un pueblo de la isla llamado Dorado, junto al Ojo del Buey, está enterrado el tesoro del pirata puertorriqueño Roberto Cofresí que fue fusilado en 1825. Cuando alguien se acerca a la roca el mar ruje amenazadoramente protegiendo el tesoro que allí fue escondido.

Un gran horno industrial, situado al lado de la cantera, transformaba también la roca caliza en cal viva y cerca de él es frecuente ver a las cabras monteses bajar al atardecer, a veces en abundantes rebaños de hembras con sus crías.

Parte de la pared de la cantera está formada por una infinidad de valvas de almejas fosilizadas que se depositaron en los fondos marinos de un Océano de Tetis en transición a los actuales mares Mediterráneo, Negro y Caspio, restos de aquel enorme océano, pero mucho más pequeños y que hace más de 100 millones de años dividió en dos el supercontinente Pangea en el que estaba toda la tierra firme concentrada, quedando entre los dos continentes resultantes pequeñas masas de tierras emergidas, una de ellas el germen de lo que luego sería la Península Ibérica. Antecesoras de las actuales conchas del peregrino, se trataba de organismos pseudonadadores que avanzaban a saltos abriendo y cerrando las valvas bruscamente y expulsando agua con fuerza.

Este hermoso paraje giennense, estuvo a punto de caer en manos de los habituales especuladores locales y de algún imputado en el caso malaya, que en plena vorágine urbanística pusieron sus ojos en él y decidieron construir en su escarpada ladera norte, con pendientes superiores al 30% y en algunos lugares cercanas al 70%, hasta prácticamente la base de las cimbras, donde había proyectado un parque, con el peregrino argumento de “cerrar” la ciudad, como si las propias montañas no fueran un cierre suficiente y un magnífico telón de fondo a la Catedral vista desde algunos lugares, pero con el objetivo cierto de echarse al bolsillo una respetable cantidad de millones con el beneplácito del poder político municipal de la época, que incluso lo impulsó en la redacción del nuevo plan general de la ciudad. En la actualidad está catalogado en el Plan de Ordenación del Territorio de la aglomeración urbana de Jaén como una zona de protección territorial de valor ambiental y paisajístico. La ladera además presenta una cierta inestabilidad geológica, en la Fuente de la Peña se puede observar un buen ejemplo de falla geológica, con la que se ha visto afectada la cercana residencia de mayores. Los valores paisajísticos, naturales y la gran diversidad biológica hacen que este monte posea una riqueza patrimonial de la que la ciudad no puede ni debe prescindir. Afortunadamente la lucha ciudadana de varias asociaciones comprometidas con el medio ambiente y el brutal pinchazo de la burbuja inmobiliaria hicieron que todavía podamos seguir disfrutando de este emblemático monte de Jaén.

PICO MÁGINA

La mula ascendía despacio por la estrecha vereda que serpenteaba por un lapiaz de rocas quebradas por el hielo, corría el mes de mayo de 1934 y hacía un calor inusual para aquella época del año, el hombre que la guiaba paró un momento a beber agua de la cantimplora de

piel y a secarse el sudor con un pañuelo, aprovecho para acariciar el cuello de la mula que asentía con la cabeza complacida y resoplaba ruidosamente. Pensaba que pronto dejaría de recorrer aquel camino que antes que él habían recorrido, su padre y su abuelo, este le contaba que desde que tenía memoria los hombres de su familia se habían dedicado al mismo oficio, un oficio que ya daba por perdido.

Cuando se acercaban a la cumbre de la montaña, una cresta de roca, cuyo punto más alto coincidía con el techo de la provincia de Jaén, el pico de Mágina, se paró en una depresión del terreno, en el centro de distinguía un agujero circular de varios metros de diámetro escavado en el suelo y rodeado de un muro de piedra seca. Se trataba de un pozo de nieve y el hombre era un nevero de Sierra Mágina.

El pozo estaba recubierto por paja y ramas de aulaga, que aislaban el hielo en su interior para que durase todo el verano, antes, durante el invierno, cuando el tiempo lo permitía habían llevado la nieve al pozo con espuestas, la habían prensado hasta darle la consistencia del hielo y la habían tapado cuidadosamente.

Esto fue así hasta que el ingeniero Francés Tellier, con la invención de la máquina productora de hielo, había herido de muerte al oficio que desde el siglo XVI había florecido en estas comarcas y que había nutrido consultas médicas y boticas desde la difusión de las obras médicas del Renacimiento. A partir de ese invento había iniciado un lento declive acercándose a su fin.

Los municipios de la zona, Huelma, Cambil, Albanchez, Torres, Bedmar, Pegalajar e incluso Jaén en el antiguo término de Mata Begib, consideraban la nieve de Mágina como un producto de propios, al igual que las tierras comunales; que nutría a los ayuntamientos de unos buenos ingresos y daba trabajo a numerosas personas. Jaén se abastecía del hielo de sus pozos, pero incluso le vendía el hielo a la ciudad de Córdoba en donde cotizaba a tres veces su valor en la comarca.

El hombre, presintiendo que ese día iba a ser el último que subiera a cargar hielo, decidió avanzar unos cientos de metros más y ascender a la cumbre de Mágina. Dejó la mula pastando tranquilamente en la hierba que crecía alrededor del pozo y subió por un pequeño sendero que discurría entre sabinas y enebros rastreros hasta la cumbre y una vez allí se sentó a contemplar el paisaje, saco su petaca, se lió un cigarro y pensó:

- este hielo no lo voy a vender, será para hacernos unos refrescos de aguacebá e invitar a los vecinos -.

Actualmente ese mismo camino que hace años recorría el nevero y su mula es transitado por montañeros y excursionistas que quieren disfrutar de los paisajes que ofrece el punto más alto de Jaén que en días muy claros ofrece una panorámica de ocho provincias y cadenas montañosas que se pierden en el horizonte.

La cresta de Mágina, en su parte más occidental, cae casi a plomo sobre el antiguo camino que une Mata Begib y Torres formando la llamada Peña de Jaén, a partir de ahí y avanzando

casi en dirección este, el cerro Mágina y el pico Mágina con sus 2165 m. de altitud, cerro Prieto, Miramundos con su refugio utilizado por los montañeros y que hace honor a su nombre con el barranco del río Gargantón a sus pies y el pueblo de Solera al fondo y por último el cerro Lagunillas y la peña Grajera.

La ruta es muy transitada en primavera y en otoño, antes de las primeras nevadas. Lo más normal es cruzarse con varios grupos a lo largo del camino y algunas veces con otros “caminantes” de cuatro patas, las cabras monteses que saltan entre las rocas haciendo equilibrios imposibles. Cuando el invierno se cierra, la nieve permanece en algunos lugares varios meses y la subida se hace mucho más complicada. Es el momento que aprovechan algunos montañeros para ascender hasta la peña de Jaén por el llamado canalón, un barranco ascendente que requiere el uso de crampones y piolet.

A pesar de los años, aún se mantiene el camino que seguía el nevero, antes lo recorrían él y su mula, ahora los excursionistas, los paisajes son casi los mismos, la vegetación de alta montaña tampoco ha cambiado y aunque el oficio de nevero se ha perdido para siempre, el pozo de la nieve aún sigue en su sitio para quien quiera contemplarlo.

LA RINCONADA DE LOS ACEBUCHES Y PUERTO DE LA SENDA

La pista sube entre la espesura del bosque hacia la vecina aldea de Castañeda, una de las pocas aldeas habitadas que quedan en la Sierra, avanza suave entre la niebla del amanecer, los quejigos centenarios han perdido sus verdes vestiduras y sus troncos cubiertos de un musgo de color intenso se muestran al caminante en todo su esplendor. Entre los árboles se pueden ver las instalaciones del Centro de Recuperación de Especies Amenazadas y oír el batir de alas de algunas de las rapaces en los voladeros con sus techos de red. Un suelo cubierto completamente de las hojas secas de los quejigos ofrece en el otoño una cosecha de setas de múltiples especies.

De la pista principal parten pequeños senderos. Entre los árboles se dejan ver la vecina Peña del Altar con sus escarpaduras aún mostrando los restos de las últimas nevadas y al otro lado del profundo Valle del Quebrajano, el Puntal de Matamulos, la Cruz de la Chimba con su refugio en lo alto y la Garganta de los Ladrones con las laderas cortadas casi a cuchillo. Hace años los lince recorrían las veredas de la Cañada de Matamulos para bajar al río a beber agua e incluso se los podía ver cruzando la carretera con una cierta confianza.

Uno de estos senderos, todavía con anchura, lleva al Puerto de la Senda desde donde parte una pequeña vereda que se interna en uno de los lugares más agrestes de la Sierra Sur.

Un cauce seco de un arroyo antiguo convertido en una pedrera, con las cornicabras y los arces creciendo entre las rocas con sus ramas cubiertas de líquenes y las dos laderas llenas de pinos carrascos y viejos quejigos, nos hace pensar en el bosque encantado de las hadas de los cuentos.

Entre la floresta se yergue una pequeña elevación de roca caliza con sus paredones rocosos cuajados de abrigos y árboles en sus repisas, es la Riconada de los Acebuches, llamada así por la presencia de este arbusto propio del más puro mediterráneo en su ladera sur y sobrevolada con frecuencia por las águilas perdiceras que anidan en las cercanas Alcandoras.

El sendero avanza poco a poco a través de la espesura que entre sus claros permite ver el bosque vertical que se desarrolla en ambas vertientes del Quebrajano. Abajo, casi a nuestros pies, la carretera de montaña que discurre hasta el embalse vecino. Cuando se circula por ella cuesta trabajo pensar que por laderas tan empinadas fluyen veredas aparentemente inaccesibles.

Sobre las rocas se pueden ver las cabras de los rebaños de la vecina Otíñar que no tienen problema para andar entre la vegetación y los pinos caídos por el viento y las lluvias.

Poco a poco las laderas se hacen más suaves y la senda desemboca en un carril que discurre por una pequeña urbanización entre los pinos y que es atravesado por la canalización del embalse utilizada como camino de regreso.

De nuevo la senda sobre el canal se vuelve a internar en el bosque, más salvaje si cabe que en la senda anterior, unos metros más abajo y más cerca de la carretera pero con una mayor sensación de verticalidad.

Varios túneles facilitan el paso del canal que en algunos lugares deja ver, por las pequeñas roturas de su pavimento, el agua transportada. Por otras zonas cae a plomo elevado varios metros sobre el suelo y salvando los pequeños barrancos con tuberías de presión.

Abundantes líquenes fruticulosos cuelgan de las ramas de los árboles y arbustos. Evernia, Ramalina y Usnea, esta última conocida popularmente como barba de fraile, indican un aire cristalino con una total ausencia de contaminación que en cada inhalación llena los pulmones de frescor, y el olfato de los húmedos olores del sotobosque.

Un camino que en cada estación ofrece matices propios. Un bosque encantado, vertical y selvático, que las lluvias y el sol han llenado de una exuberante vegetación mediterránea a escasos kilómetros de Jaén.

LA SERREZUELA DE CAMBIL

En pleno parque natural de Sierra Mágina, su nombre no hace justicia a su altitud, 1966 metros convierten a la Serrezuela de Cambil en uno de los picos más altos de la provincia de Jaén.

Posiblemente, al estar separada solo por un pequeño collado de la enorme Peña de Jaén y del Pico Mágina, las máximas alturas de la provincia, esa engañosa sensación de modestia ha arraigado en el nombre.

Se puede ascender por varios lugares, pero si se decide subir desde el centro de visitantes de Mata Begid, en las cercanías del cortijo del Peralejo, un pequeño sendero, que bordea un arroyo seco, discurre a la sombra de un encinar centenario, grandes árboles y un sotobosque de jaras, romeros y otras aromáticas acompañan al caminante y hacen más llevadera la subida que poco a poco se va haciendo más inclinada. Cuando el camino se hace en primavera, este fluye entre gran cantidad de especies vegetales en flor.

La vereda que se pierde en algunas ocasiones, finaliza en una nava en la misma base del monte, el Hoyo de los Nevazos, donde los majuelos con sus flores blancas, los agracejos con las suyas amarillas y los primeros matorrales almohadillados y espinosos hacen su aparición e indican un cambio en la comunidad vegetal: la vegetación se adapta al crudo frío invernal y a la dura insolación veraniega: los árboles comienzan a escasear, las encinas se achaparran, aumenta el número de quejigos aunque nada que ver con la espesura de unos metros más abajo.

Pequeñas aves de nombres sonoros, tienen en estos paisajes, un duro pero hermoso hogar. El asustadizo y esquivo roquero rojo, que hace su nido en los resquicios de las piedras recubriéndolos de musgo y que rara vez se deja ver. El mucho menos tímido colirrojo tizón que puede verse subido a una roca oscilando la cola a su característica manera. Las collalbas rubias y grises que vienen a anidar y a pasar el verano en esta nava y en otras de la sierra después de haber invernado en el Sahel africano.

No es extraño ver a las cabras monteses cruzar tranquilas estos prados para encaramarse de nuevo a las rocas vecinas.

A partir de aquí el ascenso se hace atravesamonte, buscando los lugares más afables entre los piornos; algunos con amarillas flores crucíferas, otros con flores leguminosas moradas que recuerdan vagamente a una mariposa y que dotan a la ladera de un intenso colorido; y las piedras de afilados bordes, algunas de ellas sueltas que aconsejan extremar precauciones.

Cuando se alcanza la divisoria de vertientes no hay más que seguirla y esta lleva a la misma cumbre. De nuevo la vegetación vuelve a cambiar y aparecen las sabinas y los enebros rastreros a modo de grandes alfombras que cubren parte del suelo, las arenarias con su

aspecto de grandes musgos como cojines verdes sobre las piedras, helechos enanos surgiendo de las grietas y multitud de pequeñas plantas rupícolas, algunas de ellas endémicas de las Cordilleras Béticas, todas en flor en un mes de junio de inicios de verano, que en esas alturas es plena primavera.

El monte visto desde arriba es un cono un poco alargado al noroeste y su cumbre un pico abrupto, mucho más que el Pico Mágina, que solo es una elevación un poco mayor que las demás en una cresta ondulada y que se divisa a la perfección desde la serrezuela. En los días claros se puede ver un paisaje de cinco provincias andaluzas que culmina en las máximas alturas de la península ibérica, la Alcazaba, el Veleta y el Mulhacén en Sierra Nevada.

El descenso se hace por la otra vertiente, algo más escarpada que la subida, de nuevo entre rocas y piornos, donde algún serbal solitario y arces arbustivos surgen de entre las rocas.

Abajo, la Cañada de las Cruces se extiende tapizada de verde pasto y salpicada de margaritas amarillas. Desde allí una pista en buen estado y un sendero bien marcado, primero entre majuelos, encinas y quejigos, después entre un espeso pinar descienden de nuevo hasta el inicio de la ruta, dejando a la derecha y cada vez más arriba el pico de la serrezuela.

El último tramo penetra de nuevo en el viejo encinar, donde una fuente de agua del deshielo sacia la sed de los caminantes que pasan a su lado buscando el merecido descanso.

LA SIERRA DE SEGURA

El caballero avanzaba con el caballo al paso. A pesar del calor llevaba las ropas de batalla, un gambesón acolchado, la pesada cota de malla y sobre ellas la sobrevesta blanca con un roja cruz de Santiago sobre el pecho, simulando una espada cuyo origen se encontraba en las cruzadas, cuando los caballeros llevaban una pequeña cruz con la parte de abajo afilada para clavarla en el suelo y rezar sus oraciones. El escudo, con la misma cruz pintada, colgado de la silla, una lanza en la mano derecha y las riendas en la izquierda.

La taifa de Murcia se encontraba en plena descomposición y la Orden de Santiago había iniciado la conquista de un territorio serrano, con grandes montes poblados de espesa vegetación y pequeñas poblaciones, muchas de ellas encaramadas en las rocas. Las mesnadas de Santiago acababan de conquistar Villarodrigo, Génave y Torres de Albánchez y se estaban preparando para tomar la capital del territorio, Segura de la Sierra. El caballero, al frente de una pequeña tropa de infantería, 5 mesnaderos, equipada con diversas armas defensivas y ofensivas, reconocía el terreno para facilitar la posterior acometida del ejército castellano. Avanzaba por el valle del río Trujala y se paró a contemplar la grandiosidad del paisaje. A pesar

de los meses que llevaban campeando por la sierra, esta lo seguía sorprendiendo y no se cansaba de admirarla.

En las partes bajas de los cerrados valles, pequeñas huertas labradas por los campesinos árabes, ahora desiertas. Olivares adhesados con las aceitunas ya de buen tamaño. Aldeas abandonadas. Espesos encinares en las laderas de los montes y grandes pinares de centenarios pinos salgareños hasta las cumbres cercanas.

El yelmo, el monte más alto de los contornos, se erguía a su izquierda dominando todos los valles de alrededor y a lo lejos Segura de la Sierra, con sus murallas pobladas de defensores, su alcázar en la parte alta del monte y el remoto rumor de los almohedanos llamado a la oración desde los minaretes de las mezquitas.

El resto de la edad media, la Sierra de Segura fue de la Orden de Santiago y sus habitantes vivieron militarizados siguiendo las directrices de los caballeros. Las huertas pasaron a hortelanos cristianos, los rebaños a los pastores de Castilla, todos ellos dispuestos a empuñar las armas frente a las incursiones musulmanas del Reino de Granada.

Años después, durante el Renacimiento, en el convento de Sta. María de la Peña de Orcera se firmaban las Ordenanzas del Común de Segura, con las que se regulaban todos los aprovechamientos de la Sierra en una tierra poblada por campesinos, pastores e hidalgos pobres, y sin señores feudales.

A través de los ríos Guadalquivir, Guadalimar, Segura o Tus, los troncos de los pinos salgareños viajaban a los astilleros de toda España para la construcción de los barcos de la Armada y muchos de los serranos fueron pineros o gancheros de Segura.

Villas romanas. Campos de cereal cultivados por los visigodos. Huertas árabes en las pequeñas vegas de los ríos. Inmensos pinares de tres especies que han navegado por todos los mares del mundo, sostenido las vías del ferrocarril español y proporcionado resina para los barnices y los perfumes, perduran en el tiempo ofreciendo uno de los más bellos paisajes serranos del mediterráneo.

Un oasis húmedo en la sequedad circundante, grandes montes con cumbres nevadas que recogen las aguas que bañarán Doñana en el Atlántico, otras regarán la huertas murciana y alicantina.

Inviernos muy lluviosos, otoños con nieblas y grandes cosechas de níscales, floridas primaveras alargadas hasta los inicios del mes de julio en las cumbres y otoños con todos los rojos, los amarillos y los ocres, entre el verdor intenso de los pinares; pasan año tras año por estas tierras, duras, escarpadas, ásperas pero hospitalarias, que han transmitido su carácter a los habitantes y acogido a naufragos y a supervivientes de las distintas batallas de la vida.

LA SIERRA SUR

Un gran quejigo da su sombra al lado del camino. Algunos siglos han

pasado por su retorcido tronco de varios metros de perímetro y sus ramas, peladas en invierno, son lo más parecido al árbol de la vida. Situado en uno de los parajes más soberbios y núcleo central de la Sierra Sur de Jaén, el Quejigo del Amo ha sido el testigo mudo de los acontecimientos históricos de estos montes.

Al oeste del río Guadalbullón y partiendo de las mismas calles de Jaén, desde donde se desliza hasta el Valle del Guadalquivir, la Sierra Sur ocupa los espacios centrales de las Cordilleras Béticas.

Hasta hace poco las montañas de la Sierra Sur tenían su propia entidad como sierras independientes. La Grana, Ahillo, el Trigo, Alta Coloma, la Caracolera, la Sierra de Jaén, La Pandera, Ventisqueros, son algunos de los múltiples nombres con los que se conocen los distintos macizos calizos que se amalgaman en estos parajes y que durante más de dos siglos fueron frontera entre la Castilla cristiana y la Granada musulmana.

Multitud de torres vigías, atalayas, castillos roqueros y las fortalezas de los propios pueblos cargadas de historia, salpican un paisaje donde el olivar de montaña se acerca a las espesuras de la selva de encinas. Caballeros calatravos con su gran cruz en el pecho, recorrieron estos lugares por donde siglos antes los guerrilleros de Viriato se enfrentaban a las legiones romanas. Tierra de guerrillas que resistió durante años, en la figura de Cencerro, la represión de la dictadura franquista.

Lo quebrado del terreno, las diferencias de altitud, las distintas orientaciones dotan a la sierra de una enorme diversidad biológica, desde los matorrales rastreros y almohadillados de la cumbre de la Pandera, hasta las laderas secas plagadas de acebuches pasando por barrancos umbríos donde los arces nacen entre las piedras, los pinos carrascos se tupen en sus escarpadas laderas y se pueblan de ardillas y algún tejo relicto de otras épocas aún sobrevive.

Dolinas peladas eran antaño recorridas por manadas de lobos que le han dado nombre a muchos de los lugares de estos montes. Lince que aprovechaban para desplazarse los senderos abiertos por las personas y que ya hace muchos años que no se ven. Osos que aún se cazaban en la época del condestable Iranzo. Ginetas, garduñas, comadrejas, zorros son algunos de los carnívoros que proliferan en sus montes.

En los últimos años cada vez se ven más rebaños de cabras monteses, que ya los pobladores prehistóricos pintaban en los abrigos de las cimbras. No es raro verlas encaramadas en los roquedos cercanos a los pueblos, que también son sobrevolados a veces por las águilas perdiceras y por las reales que habitan y se reproducen en distintos paredones rocosos de los montes. O el silencioso gran duque agitando sus alas sin hacer ruido para poder coger por sorpresa alguna rata.

El otoño llena la Sierra Sur de colores, los pequeños bosques de galería del Valdearazo, del San Juan, del Eliche o del Guadalbullón se visten de amarillo. Chopos, fresnos y álamos empiezan poco a poco a desnudarse. Los rojos fuertes de las cornicabras y los zumaques salpican las laderas. Los distintos tonos de ocre de los caducifolios enriquecen el paisaje en la otoñada. Bayas de distintos tipos ayudan a muchos animales a preparar un invierno próximo en el que las nieves cubrirán con su blanco manto las cimas de las montañas.

Las lluvias otoñales hacen que los musgos, que han permanecido latentes durante el verano, impregnen de verdes vivos los sotobosques y que un fresco y húmedo olor acompañe al afortunado que pasea por sus recónditos senderos.

Antiguas caserías, hoy la mayoría deshabitadas, salpicaron el paisaje de actividad humana. Rebaños de cabras y ovejas, roturas para cultivar cebada, frutales, apriscos y unas espléndidas nogueras que aún dan su fruto y la sombra más fresca del verano.

El olor de las resinas y el calor del mediodía veraniego le recuerdan a la sierra, que a pesar de los manantiales de aguas cristalinas y de las praderas en flor primaverales, sus veranos son secos y cálidos y el caminante entonces puede reconocer que se encuentra en el más puro Mediterráneo.

PRESENCIAS

LAS ACEBEAS

A mediados de los años 80, en mi primer trabajo, fui destinado a Siles, en la Sierra de Segura con el parque natural recién declarado. Corría el mes de octubre y las incipientes heladas se dejaban sentir por la mañana temprano, las lluvias otoñales y la humedad avanzaban al mismo ritmo con el que los días se hacían cada vez más cortos.

A los pocos días de estar allí y después de unas horas de lluvia abundante el jefe nos mandó a mi compañero y a mí a recoger unas plantas para el jardín botánico de Siles a un paraje que no había oído nunca, las Acebeas.

Al bajar del coche los dos nos miramos con cara de sorpresa, a ambos lados de un camino lleno de hojas secas, una espesa vegetación crecía con todos los colores de la otoñada en sus ramas.

- ¿Esto es el mediterráneo? Me preguntó mi compañero con una cierta socarronería.

- Desde luego el lugar lo es, pero esto parece realmente un bosque del norte de España o de buena parte Europa. Contesté yo.

Bajo un dosel de pinos laricios, un avellanar, el más meridional de España, salpicado de abundantes acebos que le dan nombre al paraje, con los frutos rojos característicos de los adornos navideños y el espinado borde de sus hojas, nos rodeaba por todos lados. La sensación de abundancia recordaba a las profusas descripciones botánicas que Emilio Salgari hacía de las selvas de Venezuela en los alrededores del Lago Maracaibo en su novela "El Corsario Negro", solo desmentidas por el frío del ambiente muy alejado del bochorno de la selva lluviosa de los trópicos. Un sotobosque rico en pequeñas lianas europeas y fresas silvestres y un manto de hojas y restos de madera le daba un olor fresco característico.

Avanzando el camino, se llegaba a una gran casa forestal en la que el dictador se alojaba cuando venía a esta zona de la provincia a desarrollar sus actividades cinegéticas y que, como no, disponía de cubertería de plata, calefacción, despacho con muebles de madera tallada y todas las comodidades de la época.

La casa del guarda contaba con una estación meteorológica y cuando consultamos los datos empezamos a explicarnos algunas cosas. Las lluvias en las Acebeas son similares a las del norte de la Península, superando ampliamente los 1000 litros/m² al año, debido a que se encuentra en la confluencia de las vertientes mediterránea y atlántica recibiendo lluvias de ambas. El microclima que se genera en la zona, permite que el tipo de vegetación que se había establecido en la última glaciación, que tuvo su apogeo hace unos 20000 años y que colapsó

hace 10000, haya podido resistir, con éxito hasta ahora, los embates del mediterráneo y haya permanecido como una isla en medio del mar de encinares que ocuparon el territorio después de que los hielos huyesen al norte.

En aquella época tuvimos la oportunidad de regresar en varias ocasiones pudiendo contemplar el paraje con los distintos colores que da el paso de las estaciones.

Un manto blanco cubriéndolo todo, en el que solo resaltaban las bolitas rojas de los acebos y la nieve del camino surcada por las huellas de los zorros, las ardillas y algún pequeño roedor, en un invierno frío y nuboso con frecuentes nevadas.

Bajo una intensa lluvia de primavera, con todos los árboles goteando; los avellanos, los arces y los olmos vistiéndose de nuevo con sus hojas recién estrenadas, los mostajos ofreciéndonos la belleza de sus flores blancas y las violetas, las hepáticas, las campánulas, los heléboros, las lagrimas de David, junto con otras especies de pequeño porte poblando un sotobosque rico en materia orgánica.

Una subida al calar de Navalperal entre piornales y dejando atrás la frescura de las Acebeas, donde los pinos laricios empiezan a escasear y a tomar la forma de bandera con la que resisten los fuertes vientos, pero con la recompensa de disfrutar de una vista de toda la Sierra de Segura y de todo el Valle del Guadalquivir en un verano que en la cumbre se hace primavera.

Y un nuevo otoño que cierra el ciclo de la vida en las Acebeas, de nuevo el manto de hojas secas, los ocres, amarillos y rojos de las plantas. Boletos, varias especies de amanitas, los niscalos de los que siempre han disfrutado los segureños. De nuevo los lirones caretos buscando frutos secos que les permitan acumular grasa para el sueño invernal y otra vez el inicio del cortejo de las águilas perdiceras.

Las Acebeas es una singularidad botánica en el sur de la Península Ibérica, 10000 años capeando el temporal gracias a las características de su clima, en especial de sus precipitaciones, una reliquia de la vegetación postglaciar donde viven gran cantidad de especies vegetales muy raras en el sur y que convierten a este paraje en un lugar único en su húmeda belleza.

CARACOLES

El hombre que subía a la barcaza para cruzar el Betis, acababa de salir de Iliturgi donde había pasado la noche procedente de una pequeña población al inicio de la Orospeña, Aurgi. A

su espalda cargaba una mochila de cuero recubierta en su interior por tela y llena de algo con lo que pensaba hacer un buen negocio. No le había ido bien en los últimos años, un veterano de las legiones asentado en Cástulo, echaba de menos la vida al aire libre y las agotadoras marchas que habían marcado su juventud desde los 17 años y la camaradería con sus compañeros. Le hubiera gustado formar una familia, tener una mujer con la que compartir el jergón las frías noches de invierno. Ahora a sus 40 años y aunque su cuerpo aún tenía la consistencia de años de ejercicio físico no sabía muy bien que hacer con su vida.

Dos días antes ascendía por una pronunciada ladera de un monte cercano a Aurgi, una solana poco arbolada donde el sol en verano daba fuerte desde su salida hasta el ocaso, llegando a alcanzar en las horas de mayor calor casi los 60 grados a plena exposición - por suerte es otoño – pensó. Iba a recolectar unos caracoles que se pagaban a muy buen precio en Cástulo. Se pagaban tan bien que le merecía la pena los cuatro días de viaje ida y vuelta a buen ritmo, para luego poder venderlos en el mercado de la ciudad a las caprichosas y sibaritas familias ricas que gustaban de consumirlos como un exquisito manjar.

Había llovido hacía poco y cuando se acercó a los paredones rocosos, pudo ver que las buenas temperaturas y la humedad mantenían activos a los caracoles andando algunos por las rocas.

Siempre se sorprendió de su forma, un caracol con la espiral aplastada, plano, con costillas, con un áspero dibujo tallado en su superficie, de un color terroso que se confundía fácilmente con los colores de las rocas de alrededor, con un aspecto duro y resistente y una quilla a lo largo de la espiral hasta la boca que le daba sensación de fuerza, y de aguantar la presión que podían ejercer sobre el algunas piedras sueltas.

Le recordaron vagamente a los habitantes de esos mismos territorios, en buena medida hombres y mujeres que trabajaban el campo, no muy distintos de los esclavos que trabajaban las fincas de los grandes propietarios que se alojaban en villas cercanas a la población.

No podía imaginarse que los caracoles habían llegado a esta tierra solo unos cien años antes, alguien los había traído no se sabía bien porque al lugar donde él los recolectaba, procedían de una tierra más dura aún que en la que se encontraban, las montañas cercanas a Portus Magnus, Turaniana y las minas de plomo de los Millares, a orillas del Mediterráneo, montañas casi peladas, con espartos y matorrales espinosos como casi única vegetación y tórridas temperaturas veraniegas. Quizá por eso se adaptaron bien a esta solana donde en verano aprovechaban su forma plana para penetrar en lo más profundo de las grietas y protegerse así del sol abrasador.

El hombre no pudo evitar sentirse un poco identificado con ellos, había participado en distintas batallas y se consideraba un superviviente que al igual que los caracoles resistía la dureza de la vida.

Más de 1500 años después en las cercanías de Jaén, la antigua Aurgi, aún sobreviven estos caracoles. Más de 1500 años lejos de su población original en la Sierra de Gádor, junto

Almería. Son muchas las generaciones de giennenses que han pasado desde entonces y muchísimas más de caracoles. Ahora tienen nombre vulgar, “cachucha” y nombre científico “*Iberus gaultieranus*”. Fueron consumidos en las épocas difíciles, desde la antigüedad hasta la dictadura franquista y aún así han resistido el paso de los años.

Ahora también son objeto del interés científico en los estudios de diversidad y de evolución, en los que son puestos como ejemplo, junto con sus hermanos del mismo género, de adaptación al medio y de diversidad dentro de un grupo. Su forma plana y sus aspecto duro, muy distinto del colorido de las especies tropicales propias de la selva lluviosa nos sigue llamando la atención, a lo mejor porque al igual que las personas, la tierra en la que vivimos muchas veces se lleva en la cara y en el cuerpo.

Lo mismo que el veterano legionario que, aunque iba a venderlos en el mercado, no dejaba por eso de admirarlos, todavía podemos disfrutar cerca de nosotros de estas hermosas espirales como un símbolo de la tierra en la que nos ha tocado vivir.

LA CIUDAD Y SUS ÁRBOLES

No se le conocen parientes vivos, es el último de su estirpe y a menudo se lo ha considerado un fósil viviente. Una especie única, el *Ginkgo biloba* con sus hojas divididas en dos lóbulos como indica su nombre específico, es originario de China donde se lo conoce con el nombre de albaricoque plateado. Un habitante no muy común en nuestras ciudades, aunque el amarillo de sus hojas justo antes de caer, dota a sus alineaciones de una belleza otoñal inusual, quizá como una señal de lo que serán varios siglos de vida por delante. En la Alameda de Capuchinos, junto al auditorio, tres pies de esta especie, plantados en su momento demasiado juntos, ofrecen una pequeña colonia china en el corazón del Mediterráneo.

Las ciudades son un ejemplo de variedad y coexistencia en lo que a los árboles se refiere. Especies de los cinco continentes conviven en armonía en lugares de lo más insospechado. Melias del sudeste asiático junto a eucaliptos de Tasmania. Palmeras datileras de las orillas del Nilo al lado de acebos del occidente eurosiberiano que sustituyeron al pagano muérdago en las celebraciones cristianas de la Navidad sin saber, o sabiéndolo, quien sabe, que antes adornaron las calles de Roma durante las Saturnales. O el ombú de la pampa argentina y uruguaya, conocido con el poético nombre de árbol de la bella sombra, asomando sus ramas tras las tapias del seminario para rozar las del brachichito de las costas de Nueva Gales del Sur remarcando su hermandad hemisférica.

Un naranjo de Luisiana en el Parque de la Concordia podría servir para que un indio osage de las praderas de Arkansas se construyera un arco de una excelente calidad, aunque basta andar unas decenas de metros para encontrar dos altísimos y muy delgados ejemplares de palmera de abanico vigilando las puertas de la subdelegación del gobierno procedentes de Sonora y de la Baja California en México a las que paradójicamente las nombraron con el epíteto de “robusta” para su nombre específico latino.

Cuando uno pasea por la ciudad a veces se pregunta si aquel poema de Mario Benedetti “Árbol a árbol” no será cierto. Ese es el que el poeta se interroga si los árboles serían acaso solidarios unos con otros: El olivo de Jaén con el castaño de los Campos Elíseos o quebracho de Entre Ríos con el sauce de Tacuarembó...

La ciudad es un buen lugar para la solidaridad entre árboles. Los árboles de Benedetti están separados por miles de kilómetros pero en la ciudad se encuentran a escasos metros unos de otros.

La enorme y hermosa palmera canaria de la calle del Rey Alhamar se sitúa muy cerca de los norteamericanos y poco longevos arces de la calle Arquitecto Berges.

La ciudad puede ser rica en espacios propicios para la fraternidad arbórea. ¿En qué lugar sino pueden encontrarse juntas las grandes hojas de la paulonia de China con las fragantes flores blancas de la magnolia de Carolina del Norte? O en un parque como el de Jabalcuz donde un soberbio espécimen de madroño andaluz se sitúa al lado de un gran ejemplar de cedro del Atlas sin que medie entre ellos el Estrecho de Gibraltar.

Cuando nos acercamos a un árbol de la ciudad y lo miramos detenidamente es posible que veamos en él la geografía lejana de la tierra de la que llegaron sus ancestros o las cercanas sensaciones de orografías familiares, pero en este caso están al lado unas de otras. Miles de kilómetros se condensan en escasos metros.

¿Se darán cuenta los habitantes de la ciudad de esa cercanía arbórea? ¿Serán capaces de ver también esas lejanas geografías en las caras de las personas de otros lugares con las que se cruzan?

Al igual que los árboles del poema ¿sabrá la única ceiba boliviana de la ciudad, prima del Baobab africano, que sus enemigos no son los cipreses de las orillas del mar Egeo situados unos metros más abajo en la misma calle?

¿Llegarán a saber esto alguna vez las personas cuando miren a los árboles o se miren a los ojos?

LA CIUDAD Y SUS HABITANTES

La tarde era verdaderamente desapacible, hacía frío, llovía, un fuerte ventarrón agitaba las ramas de los árboles, las luces de las farolas empezaban a encenderse y aunque todavía no era muy tarde, los negros nubarrones hacían que pareciera que el anochecer era inminente. Subía por la acera que bordea el palacio de la Diputación Provincial y al mirar hacia arriba, hacia la parte trasera de la catedral y el sagrario, vio a varias grajillas arrastradas por el viento. Era muy frecuente verlas en los atardeceres en abundantes bandadas llegar a los tejados de la catedral para pasar la noche en ellos, volviendo la mayoría a la mañana siguiente a sus lugares de origen. Pero en una tarde como aquella le sorprendió ver siquiera una de ellas, todos los habitantes de la ciudad salvo las personas, que avanzaban deprisa y encorvadas para protegerse del viento, habían desaparecido. Parecía que el viento las iba a arrojar contra los muros de los edificios cercanos, pero cuando estaban a punto de golpearse un fuerte movimiento de alas las hacía esquivar la pared y volver a retomar un vuelo bien controlado incluso en contra del viento. Un tanto sorprendido se paró a mirarlas. Rápidas evoluciones, plegamiento de alas y picados, vuelos contra el viento sin avanzar un centímetro, se dijo que las grajillas estaban jugando. Mientras el resto de animales permanecían ocultos y bien resguardados, las grajillas se divertían jugando con el viento. Estos inteligentes animales nunca dejarían de sorprenderlo.

Esta escena es algo bastante frecuente en los alrededores de la catedral de Jaén, una escena bastante llamativa y realizada a la vista de cualquiera que quiera pararse a verla.

La ciudad en general y Jaén en particular no está habitada solo por personas, hay toda una comunidad faunística que vive y se desarrolla en sus resquicios y no solo en ahí, no hay más que prestar un poco de atención y observar el drama vital que se desarrolla a nuestro alrededor.

Piensa en una templada noche de primavera y sitúate esta vez delante de la Catedral, es un día entre semana, son las 11 de la noche y aún permanecen encendidas las luces ornamentales del templo, a esas horas no nadie pasa por allí. Mira hacia arriba. Miles de polillas revolotean deslumbradas por los focos y dos decenas de cernícalos primilla, nuestra pequeña rapaz migratoria, se están dando un auténtico banquete con estas mariposas nocturnas. Vuelos en distintos sentidos, cambios bruscos de dirección, paradas en el aire. La silueta de una lechuza atraviesa silenciosa la plaza, lleva un ratón en el pico para sus pequeños.

Algunos animales paradójicamente han sido capaces de aprovechar lo que la ciudad les ofrece, una aparente hostilidad que para algunas especies no lo es tanto, incluso algunas, muy escasas y protegidas como el cernícalo primilla, han encontrado en la ciudad un medio que les permite sacar adelante a su prole y regresar al año siguiente después de miles de kilómetros de vuelo.

Siéntate cualquier anochecer de verano en un banco en la Alameda de Capuchinos, todavía hace calor, pero las temperaturas poco a poco comienzan a descender. Un mirlo avanza dando pequeños saltos en un parterre frente a nosotros. Los vencejos chillan en sus vuelos rasantes, transportando cientos de mosquitos en sus bocas para darlos de comer a sus crías que los esperan en los nidos del muro del Convento de las Bernardas. Un agradable silbido proviene del un olmo centenario que hay frente a nuestro banco, el silbido rítmico y uniforme que emite el muy pequeño autillo, la rapaz nocturna que todas las primaveras llega de África y que con un poco de suerte podrás ver volando entre las ramas.

Carboneros, herrerillos, mitos, pinzones, chamarines, papamoscas, entre otras especies de pequeñas aves que con paciencia podrás ver y oír. Si la tarde que has elegido para pasear por la Alameda coincide con la época de las migraciones, no sería nada de raro que vieses varios milanos negros atravesando la ciudad con su elegante vuelo.

Fíjate también que los grandes plátanos de sombra del Paseo de la Estación son utilizados por miles de gorriones y tordos como dormitorio diario, todos los atardeceres atruenan a los viandantes con su continuo piar, hasta que la noche llega y se duermen.

Si alguna vez vas en primavera a visitar los Baños Árabes en el Palacio de Villardompardo, antes, aprovechando la sombra de las grandes palmeras, mira el vaivén de las golondrinas y los aviones comunes que allí anidan y observa como atraviesan el cielo en busca de comida.

Jaén lo mismo que otras ciudades no es solo una masa de cemento, ladrillos y metal, es el lugar donde vivimos en compañía de otros seres que al igual que nosotros han hecho de la ciudad su lugar en el mundo.

LIBÉLULAS Y CABALLITOS DEL DIABLO

Los grandes ojos podían dominar un campo de casi trescientos sesenta grados, unos treinta mil ocelos en cada ojo la dotaban de una aguda visión. El fotógrafo se acercó lentamente por atrás para intentar fotografiarla mientras, con sus alas extendidas, tomaba el sol en una piedra en medio del arroyo. A pesar de no hacer ruido ni movimientos bruscos ya hacía rato que lo había localizado y cuando consideró que se había acercado a una distancia que percibió como peligrosa, la libélula alzó el vuelo con unos potentes aletazos y en unos segundos quedó fuera del alcance del fotógrafo.

Esta escena ficticia puede ocurrir en casi cualquier río o arroyo o incluso en manantiales, fuentes o charcas de cualquier punto de nuestra geografía. Las libélulas forman parte del paisaje cotidiano de estos lugares donde el agua es la protagonista.

Un insecto común, que podemos ver con cierta frecuencia, pero cuyos predecesores se remontan a trescientos millones de años, en pleno período Carbonífero. Una atmósfera con más oxígeno que la actual permitió que alcanzasen tamaños de hasta 75 centímetros de envergadura y que sus presas fuesen además de otros insectos, pequeños anfibios y reptiles.

Predadoras de insectos pero inofensivas para las personas, algunas especies pueden vivir hasta 6 o 7 años, eso sí, la mayor parte de este periodo lo viven en sus etapas juveniles como animales acuáticos respirando por branquias y cazando las larvas de otros insectos e incluso renacuajos y alevines de peces.

Los adultos combinan una gran elegancia de movimientos con velocidades que difícilmente pueden alcanzar otros insectos e incluso la mayoría de los vertebrados. 85 km/hora que utilizan para huir a toda velocidad o atacar a algún insecto que han detectado con su aguda vista a 12 o 13 metros de distancia y que rápidamente pasa a sus mandíbulas. A veces utilizan como camuflaje la ilusión óptica, se mueven de manera que hacen creer a su presa que son un objeto estático y mientras se abalanzan sobre ella.

Sus primos cercanos, los caballitos del diablo, tienen un aspecto muy parecido y unas costumbres similares y realmente son confundidos con ellas por buena parte de las personas, pero presentan una diferencia bastante apreciable con las libélulas y es que estas no pueden plegar las alas y los caballitos del diablo sí. Mirándoles los ojos también pueden apreciarse las diferencias, los caballitos del diablo los tienen mucho más separados. Su vuelo es más pausado que el de las libélulas, más frágil y muchas veces las alas no son transparentes si no que están coloreadas o manchadas en algunos lugares.

Hay una amplia mitología que rodea la existencia de las libélulas, quizá por esa cercanía y esa fascinación que a veces nos causan.

Son un emblema característico de los samuráis que lo utilizaron con símbolo de buena suerte, de poder y de victoria.

En la mitología hindú consideran que cuando las personas mueren sus almas se transforman en libélulas a la espera de volver a renacer en otra persona.

También se han valorado como distintivos de la autorrealización, por esa manera elegante de controlar sus movimientos en vuelo

Pero no todas son leyendas positivas. Hay quien dice que son los caballos alados que las brujas utilizan para desplazarse a sus aquelarres, de ahí el nombre de uno de los grupos, y los enviados de satanás con la finalidad de causar maldades y desgracias a las personas que las ven.

En cualquier caso miles de años de historia compartida en toda la geografía terrestre dan para cientos de mitos y leyendas en torno a estos bellos animales, tanto buenas como malas.

Muy eficientes en sus cacerías, en menos de medio segundo son capaces de atacar a su presa desde abajo y asirla con sus patas. En el 95% de las ocasiones no fallan. Claro que para

eso siguen modelos internos que prevén la trayectoria de la presa. Algo parecido a lo que hace un bailarín de ballet cuando se coordina con su pareja de danza en un salto. En ambos casos, hay de predecir hacia dónde se dirige el movimiento para poder interceptarlo con la mayor precisión. Y para lograrlo, su mente anticipa como crece la imagen a medida que se aproxima, de manera que pueda adelantarse a reacciones inesperadas. Los movimientos de la libélula llegan a ser tan precisos que son capaces de mantener a la presa fija en el punto de mayor agudeza del ojo durante toda la persecución.

Estos animales contribuyen a controlar poblaciones de insectos transmisores en muchas partes del mundo de enfermedades mortales como el dengue o la fiebre amarilla.

Puede volar hacia adelante o hacia atrás en línea recta, subir o bajar en vertical, girar en el aire sobre su cuerpo, detenerse en mitad de la nada y flotar, un prodigio de alta tecnología vital. No es un helicóptero, es la pequeña princesa del cielo ibérico que empezará a verse conforme avance la primavera y alegrará los cursos de agua durante los meses de calor.

LOBOS

El grupo trataba de acorralar al rinoceronte lanudo que minutos antes había pasado cerca ellos, algunos se habían adelantado para intentar emboscarlo en un estrechamiento del valle unos centenares de metros más arriba, llevaban los lanzadores cargados con venablos y otras agudas lanzas con la punta endurecida al fuego, no podían dejar escapar a la presa, tres toneladas de carne y huesos y una estúpida piel de pelo largo merecían la pena.

Unos años antes un grupo de lobos que merodeaba por la zona había terminado por acercarse al campamento de las personas, aprovechaban los desperdicios de estos, formaban parte de sus partidas de caza y avisaban rápidamente siempre que cualquier animal o persona se acercaba al campamento. En realidad no eran muy distintos, mantenían con sus congéneres una estrechas relaciones sociales, creaban fuertes vínculos de afecto entre ellos, todos solían cuidar de los cachorros y siempre había alguien vigilándolos cuando los demás salían de caza, compartían juegos, arrumacos y los beneficios de la caza. Exactamente igual que el grupo de humanos con el que habían empezado a convivir, bueno quizá las jerarquías que se formaban en estos últimos eran menos estrictas que en los lobos y las risas y el lenguaje marcaban diferencias importantes. Poco tiempo después dejaron de ser lobos y se convirtieron en perros.

Entre las personas y los lobos ha existido una ancestral relación de amor – odio, se los ha visto como competidores, dos grandes cazadores utilizando el mismo territorio y capturando

las mismas presas, otras veces como parte principal de las fantasías de la humanidad, el castigo que los dioses infringían a algunos hombres transformándolos en lobos, la metamorfosis del licántropo; o formando parte de las leyendas fundacionales de civilizaciones tan importantes como la romana, la loba amamantando a los fundadores de la ciudad aún integra sus símbolos.

En el viejo país de los iberos el lobo se esculpe en los escudos y en los petos para que proteja al guerrero, es el que guía su espíritu al más allá si tiene la desgracia de morir en el combate. Forma parte importante del arte de estos pueblos, el lobo del cerro del Pajarillo en Huelma es un claro ejemplo de esto, con las orejas plegadas hacia atrás en una clara posición de ataque.

Cualquiera que haya visto un lobo cerca coincidirá que su aspecto es impresionante. La cabeza maciza, unas orejas tiesas y relativamente pequeñas, las bigoteras blancas junto al hocico y lo que más llama la atención en ellos, unos hermosos ojos oblicuos de color amarillo y de mirada penetrante.

Son de hábitos bastante nocturnos y pueden llegar a recorrer en una noche hasta 70 km. con ese correr cansino que los distingue y que se conoce como trote lobero.

El aullido es otra de sus características más asombrosas, en el silencio de la noche en plena sierra, los lobos aúllan con distintas intenciones, la más común es la de decirle a los demás que “aquí estoy yo”, pero también aúllan de alegría cuando ha nacido una nueva camada o cuando han detectado caza abundante, o de tristeza, el lobo anciano que ha dejado el grupo al que ya nunca volverá. Suelen responder a las provocaciones, si alguien es capaz de imitar su aullido no es extraño que si la manada está cerca, responda.

Las poblaciones del sur de España han sufrido un largo e inexorable declive. A mediados del siglo XIX había lobos en todo el territorio andaluz, poco a poco las manchas que indicaban su presencia en los mapas de distribución se fueron haciendo más pequeñas, primero fueron exterminados en los lugares cercanos a las grandes ciudades, después en las zonas ganaderas y así hasta quedar reducidos a dos pequeñas franjas, una en Jaén y otra en Córdoba en los parajes más agrestes y más recónditos de Sierra Morena. En cambio en el norte, las poblaciones han ido aumentando, ya han cruzado la emblemática frontera del Duero y de nuevo se empieza a oír el grito de que viene el lobo como en épocas pasadas, iniciándose fuertes campañas para que se vuelva a autorizar su caza. Es innegable que en algunas ocasiones han atacado a algún rebaño, pero el problema es que a veces se intenta pasar por ataques de lobos, la muerte de ganado a manos de perros asilvestrados o por otras causas.

Hay una biología popular en torno al lobo que se ha plasmado en cientos de dichos y refranes: desde “verle las orejas al lobo” o “meterse en la boca del lobo”, hasta “el que entre lobos anda a aullar aprende” o “quien se fía del lobo entre sus dientes muere”, la inmensa mayoría peyorativos hacia el lobo. Al igual que los romances y los poemas populares que nacieron en torno al él, como el famoso Romance de la Loba Parda que se ha extendió prácticamente por toda España y que canta Joaquín Díaz con su bonita voz

No cabe duda que la relación con los lobos siempre ha sido difícil y es necesario cambiarla de una vez por todas. Ahora que el lobo ya no campa a sus anchas por las tierras andaluzas, recordamos la constante y encarnizada lucha por la vida que han mantenido el hombre y el lobo desde tiempo inmemorial, una relación que podría haberse desarrollado de otra manera y que aún estamos a tiempo de que así sea.

LUCIÉRNAGAS

El grupo avanzaba camino arriba por la ladera de Jabalcuz, ya era noche cerrada y el manto de estrellas hizo su aparición sobre sus cabezas, no era aún muy tarde y un ligero resplandor podía verse aún por donde un rato antes se había puesto el sol. Las linternas frontales iban iluminando el camino delante de ellos y un pequeño resplandor atrajo su atención. Una lucecita brillando entre los cercanos matorrales que a primera vista achacaron al reflejo de la luz de los frontales en una piedra o en un trozo de vidrio. Al apagarlos, curiosamente el resplandor seguía en su lugar y decidieron acercarse a ver lo que era. Ya más cerca, una luz verde amarillenta se distinguía perfectamente bajo una mata de alhucema, un pequeño insecto de aspecto un poco agusanado, como una larva, emitía esa luz en los últimos segmentos del abdomen. Era lo que se conocía vulgarmente como un gusano de luz o una luciérnaga, una hembra con su lamparita encendida indicando su presencia a los machos que habían iniciado los vuelos nupciales en busca de amores. Corría el mes de julio.

Estaban de suerte, teniendo en cuenta que la mayor parte de la vida de las luciérnagas transcurre en fase larvaria y que las hembras solo emiten esta luz durante una sola noche, ver una no es nada fácil. Esta especie mediterránea tiene el bonito nombre genérico de *Nyctophila*, una palabra griega compuesta y latinizada que significa “amante de la noche”.

En torno a las luciérnagas hay un cierto halo de misterio. No se sabe el número de especies que hay en España, la mayoría de los estudios se han hecho sobre formas larvarias y la actividad de los adultos es bastante discreta. Los grandes espectáculos de luces entre los árboles que en ocasiones hemos tenido oportunidad de ver en algún programa de televisión solo se dan en los trópicos.

En este pequeño bichito las diferencias entre sexos son muy acusadas, la hembra que es la que produce la luz en el penúltimo y antepenúltimo segmentos de su abdomen, parece una larva y el macho sí tiene la pinta del escarabajo que es, este sí con aspecto adulto y muy poco parecido a su compañera.

Nadie diría que esa luz que emiten puede llegar a ser tan eficiente energéticamente hablando. Una molécula llamada luciferina, que en presencia de oxígeno, de otra molécula que los seres vivos utilizan para almacenar energía y de una encima, desprende luz. La eficiencia de esta reacción es espectacular, solo se pierde un dos por ciento como calor, si tenemos en cuenta que en una bombilla normal de incandescencia se pierde el noventa y cinco por ciento de la energía, podemos echar cuentas. Eso sí, las hembras más “ardientes” y con más luz siguen permaneciendo frías al tacto.

Las luciérnagas son el paradigma de lo poco que sabemos de nuestra biodiversidad, quien lo diría, puesto que se trata de un animal que a todos nos gusta. A pesar de eso, algo se sabe de su vida. Como muchos insectos su vida adulta es realmente efímera, una semana, dos a lo sumo y solo se dedican a la reproducción, ni siquiera se alimentan en esos días. En cambio las larvas son predadores que se alimentan principalmente de caracoles pudiendo seguir su rastro mucoso hasta darles alcance e inmovilizarlos de un mordisco.

Cuando alguna vez alguien dice algo sobre una luciérnaga en una conversación es inevitable retrotraernos a la infancia. Muchas personas tienen la experiencia infantil de haber visto luciérnagas y muy pocos la tienen en la edad adulta, esto nos lleva a preguntarnos si es que en la actualidad hay menos luciérnagas que hace años.

Realmente no está nada claro, al contrario que los niños, los adultos no tenemos “tiempo que perder” observando detenidamente lo que nos rodea y no solemos vagar despreocupadamente a la caída de la tarde con esa curiosidad a flor de piel que hace que un niño se pregunte por ese tenue brillo que está viendo a lo lejos.

A pesar de esto, muchos entomólogos piensan que hay menos gusanos de luz que antes. La destrucción de elementos de conectividad en el paisaje, acequias, setos, linderos de piedra, desaparecen poco a poco de nuestros campos y se dificulta el desplazamiento de las poblaciones. Muchos más focos de luz, en lugares donde antes reinaba la oscuridad absoluta, desconciertan a los machos y si bien en ningún momento los confunden con las hembras, sí que actúan como un faro que los atrae hasta poder morir en ellos.

A pesar de su familiaridad o quizá por eso, porque las sentimos cercanas, siempre emociona ver una luciérnaga a la orilla del camino, en los huecos de un muro, entre las plantas del huerto.

Será porque les gusta habitar en nuestros cuentos, en nuestras poesías, en nuestras canciones, como la luciérnaga curiosa del bello tango de Gardel o como la que viaja por el mundo en el extraño cuento de Wenceslao Fernández Flórez “La lucecita pálida”. Si lo lees sabrás por que lucen las luciérnagas.

OLIVOS

Nieblas otoñales pueblan las vaguadas y los barrancos entre las lomas del Valle del Guadalquivir y se mezclan con el humo que surge de las chimeneas de varias caserías que se divisan en el paisaje. Despacio la luz de la mañana se hace más intensa en un amanecer que parece no tener fin porque las sombras de la noche se niegan a marcharse. Varios días de lluvia han oscurecido el verde haz de las hojas de los olivos en fuerte contraste con el plateado envés. Disipadas las últimas nieblas de la mañana un horizonte de olivares se pierde en la lejanía hasta el límite de la visión en un día donde las lluvias han dejado una atmósfera cristalina.

Días así, mediado el otoño, hacen del mar de olivos de Jaén un paisaje de geometrías verdes y grises, líneas que contrastan con los ocres de los suelos profundos en las lomas y los valles y con los verdes más claros y los grises de los afloramientos rocosos.

Poco a poco en los últimos siglos un territorio que antes estuvo poblado de viñedos y cereal se ha ido llenando de estos árboles de corteza oscura cuyos troncos, con los años, se van retorciendo y se van llenando de oquedades pero que resisten como pocos el paso de tiempo. Generaciones familiares han comido de lo que producen, han descansado a su sombra y se han calentado con su madera en las frías noches de invierno.

Los olivos son duros donde los haya. Aguantan sequías extremas y condiciones altas de humedad aunque esto último les gusta menos. Veranos de altas temperaturas e inviernos bajo cero. Podas severas, en algunas ocasiones año tras año y muchas veces los aportes continuos de todo tipo de productos químicos. Otras veces un manejo de suelos poco apropiado que deja las raíces al aire y escorrentías tras una lluvia fuerte.

A pesar de todo cuando en el olivar se respeta una cubierta vegetal que puede ser de gramíneas, de leguminosas, de jamargos o una mezcla de todas ellas, este se enriquece de manera ostensible con hongos, bacterias, lombrices, algas, protozoos, pequeños insectos descomponedores... animales y microorganismos de una floreciente comunidad edáfica que son la base junto con las plantas de una diversidad biológica que acaba viéndose reflejada en el aumento de especies de vertebrados.

Millones de aves de distintas especies que han criado en el norte de Europa, llegan a finales de verano para pasar el invierno en los olivares andaluces. Olivares con cubiertas vegetales, con vegetación natural en los arroyos cercanos, con islotes rocosos y lindes pobladas de especies de la zona son una fuente de diversidad donde se puede comprobar que no es para nada incompatible la producción de aceite con un medio rico y diverso.

Zorzales, curicas, petirrojos, mosquiteros... encuentran entre los olivos los recursos necesarios para pasar los inviernos que en algunas zonas del interior andaluz llegan a ser muy crudos. Otras vienen cuando las invernantes se van o permanecen en el olivar todo el año. Las

primaveras, colorines, chamarines, cabecinegros, carboneros... inundan con sus sonidos las camadas de los olivares y permanecen todo el verano anidando en sus ramas.

Un olivar bien mantenido puede albergar una interesante comunidad de insectos que es capaz por si sola de reducir en buena medida el ataque de las plagas sobre los distintos órganos del árbol. Insectos depredadores y parasitoides encuentran espacios donde sostenerse y medrar hasta la aparición de sus presas.

Árbol de la paz ligado a los viejos dioses. Atenea se lo regaló a los atenienses cuando estos la eligieron su diosa titular. La paloma de Noé de regreso con una rama de olivo en el pico. Ánforas de aceite procedentes de la Bética en el monte Testaccio en Roma. Las coronas de ramas de olivo trenzadas que imponían a los campeones de las olimpiadas antiguas. Arbequinas traídas de Tierra Santa por los Templarios...

El olivo está unido a la historia del mediterráneo en sus distintas orillas y a las piedras lunares de Jaén.

SALAMANQUESAS

La polilla daba vueltas sin sentido entorno a un farolillo de la pared de la azotea, era de noche y la única luz encendida en los alrededores atraía irremisiblemente a distintos tipos de insectos. La polilla deslumbrada no podía escapar del poderoso influjo que la luz ejercía sobre ella. A veces cansada de volar, descansaba posándose en el muro encalado.

Un pequeño reptil con ligero aspecto de dragón mitológico, permanecía al acecho cerca de la luz. Tenía el cuerpo robusto, la cabeza aplastada y triangular, grande en relación al tamaño del cuerpo. Los ojos sin párpados miraban fijamente lo que intuía que iba a ser su próxima presa. Se movía muy despacio. Avanzaba una pata delantera, la fijaba y movía una de las traseras. Sus movimientos recordaban vivamente a un felino agazapado esperando a saltar sobre su presa. A veces movía su cola en el aire con movimientos sinuosos.

La polilla no se esperaba lo que se le vino encima, en menos de un segundo la salamanquesa salto sobre ella sin darle la menor oportunidad y la devoró con su boca grande de dientes muy finos.

Esta escena de caza, que bien podría referirse a un guepardo en la sabana, se da a diario en nuestros patios y en nuestras azoteas en las noches de verano. Cotidiana pero impresionante.

En torno al mediterráneo, sobre todo en la Península Ibérica y en Marruecos, las salamanquesas, animales crepusculares y nocturnos, habitan en los resquicios de los lugares habitados, viviendas, casas abandonadas, zonas pedregosas, muros, linderos, cortezas de árboles, siempre y cuando haya insectos en abundancia de los que alimentarse.

El aspecto del animal ha llevado a establecer en torno a él bastantes mitos y leyendas negras, la mayoría sin fundamento alguno. Se dice que su mordedura es venenosa, lo mismo que su saliva que al caer en la cabeza de alguien que pasa a su lado se queda calvo, otros dicen que si te escupen te quedas ciego o que si alguna penetra por tu oído puede matarte porque devora tu cerebro. Una serie de fantasías que han perdurado en el acerbo popular a lo largo de los años y han llegado a nuestros días.

No todo son leyendas negras. En la fiesta de pentecostés se soltaban salamanquesas porque se decía que estas eran capaces de vivir en medio del fuego y en esta fiesta se celebraba la venida del Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego, esta tradición está documentada en Jaén hacia 1492. También adornan el manto de algunas vírgenes como símbolo de pureza. Cada cierto tiempo vaciaban las ermitas de mobiliario y hacían una gran lumbre en su interior para acabar con todos los insectos y pequeños animales que tenían en ellas su habitáculo, se decía que las salamanquesas eran las únicas que resistían la dura prueba porque eran animales puros. De igual forma son consideradas un símbolo de renovación. Al igual que las lagartijas cuando sienten un peligro cerca son capaces de desprenderse de la cola para así despistar a su atacante y posteriormente regenerarla.

Para ser unos animales tan pequeños son bastante longevos, pueden vivir hasta diez o incluso doce años en cautividad, pero la libertad les pasa su factura en forma de una vida llena de peligros, en libertad rara es la que vive más de 4 años.

Algunas veces se puede presenciar el espectáculo de dos salamanquesas peleando en el techo de una habitación. Pequeños gritos intimidatorios, chirridos emitidos por los contendientes mientras se enzarzan en una lucha que recuerda a lo que podrían ser dos reptiles prehistóricos en plena batalla, eso sí, de tamaño muy pequeño. A pesar de estar agrediéndose rara vez caen al suelo. Sus patas poseen cinco dedos con unas láminas que las dotan de una extraordinaria adherencia, pudiendo recorrer prácticamente cualquier superficie incluido el cristal. Por eso a veces en medio de la pelea alguna vez han quedado las dos suspendidas de un único dedo de una de ellas.

Son animales predadores, pero su pequeño tamaño las hace también presas. Gatos, comadrejas, garduñas, lechuzas, mochuelos y alguna rapaz diurna las cuentan entre sus presas más frecuentes. En las primaveras en pleno cortejo, no es raro ver a algún macho de cernícalo primilla con una salamanquesa en su pico, para ofrecérsela a la hembra a la que está cortejando.

Su alimentación es de lo más variada, dentro de los artrópodos no le hacen ascos a prácticamente ningún grupo, mosquitos, mariposas, pulgones, arañas, escarabajos... de todo,

por eso a pesar de las malas leyendas también ha sido considerado por los campesinos como un animal extremadamente útil para las personas.

Prueba a observar una salamanquesa cazando, a veces se paran y con la lengua se mojan los ojos para que no se les queden resecos, mira sus sigilosos movimientos, su lento avance y disfruta de un espectáculo natural a veces en tu propia casa.

EN EL VERTEDERO

Una enorme bandada de gaviotas sobrevolaba la loma que ascendía desde los taludes de la autovía que rodeaba la ciudad por el noroeste. Volaban desordenadamente y no paraban de subir y bajar desapareciendo de la vista de los conductores que a aquella hora circulaban por la carretera. El fuerte griterío trasladaba al que lo escuchaba a una escena donde se podría pensar en un barco pesquero entrando al puerto rodeado de gaviotas, que de manera continua bajaban y ascendían de su cubierta y se tiraban en picado al agua donde un segundo antes había caído un pequeño resto de la pesca procedente del barco. La diferencia era en que esto estaba ocurriendo a 150 km de la costa más cercana, en las afueras de una ciudad que extendía su caserío por las faldas de una cordillera y donde el olor a sal se sustituía por el fuerte hedor de la basura que todos los días se depositaba en el vertedero de la ciudad y que se encontraba justo detrás de la loma en la que las gaviotas estaban volando.

Gaviotas patiamarillas, sombrías y reidoras, hacía mucho que habían dejado las costas y se habían internado hasta zonas lejanas pero que les proporcionaban alimento abundante, los vertederos. Las cercanas balsas de riego y los cauces fluviales les servían de zonas de descanso y lugares donde acicalar su plumaje, pero toda la actividad relacionada con la alimentación ocurría en los vertederos.

De estas especies, la reidora ha desarrollado una especial dependencia con las personas y prácticamente toda su dieta sale de la basura que estas producen.

El búho real acechaba desde lo alto de un olivo, su mirada redonda y amarilla penetraba en la oscuridad de la noche solo interrumpida por las luces de los camiones que de vez en cuando entraban y salían soltando su carga. Una rata asomó el hocico por un pequeño orificio en el motón de tierra. Miró a su alrededor mientras el búho permanecía quieto y en completo silencio. La había localizado pero aún no era el momento de atacar. La rata más confiada salió de su agujero y avanzó hasta el motón de basura cercano, ahora que todo estaba tranquilo era el momento de comer. El búho la vio avanzar pero no se decidió a lanzarse sobre ella hasta que tuvo la seguridad que no le iba a dar tiempo a volver a su madriguera. Dio varios aletazos

silenciosos y cayó sobre la rata sin darle tiempo a reaccionar, en pocos segundos remontó el vuelo con la rata fuertemente atrapada con sus garras. Esta escena que normalmente ocurre en las profundidades de la sierra, se puede ver de vez en cuando en el vertedero de Jaén.

Hoy por hoy los vertederos son una fuente de alimento fácil para muchas especies, buena parte de ellas oportunistas y algunas en peligro de extinción, pero también pueden ser una trampa mortal para algunas de ellas y una fuente de infecciones que pueden transmitirse a otros animales o incluso a las personas.

No es nada extraño ver un zorro desgarrando una bolsa de basura para buscar alimento en su interior. O a un milano negro comiendo en los montones de basura y llevándose múltiples objetos que utilizará, lo mismo que hacen las grajillas, para construir su nido. Son ya lejanos los años en los que se empezaron a encontrar trozos de bolsas de plástico en los nidos de los milanos.

Bandadas de grajillas al amanecer llegan procedentes de los dormideros y pasan buena parte del día buscando alimentos en el vertedero.

Incluso jóvenes buitres, que por su inexperiencia no son capaces de encontrar carroña, no tienen problema en parar durante sus largos vuelos, a comer de la basura cuando uno de estos depósitos se cruza en su camino.

Una garza real pasea despreocupadamente mojando sus patas en la balsa de los lixiviados como si se tratase de una laguna que se ha encontrado cuando pasaba volando por allí, sin importarle las altas concentraciones de materia orgánica, cloruros, sulfatos, amonio e incluso metales pesados.

Bandadas de garcillas bueyeras avanzan detrás de las máquinas que van compactando y moviendo la basura, al igual que en los campos de cultivo transitan detrás de los tractores que aran el terreno para comer los insectos que el arado saca a la superficie, solo que aquí son otros los insectos y los alimentos que cogen con su pico.

Además de esto, bastantes especies de pequeñas aves insectívoras persiguen a las grandes cantidades de moscas y otros insectos que proliferan en el vertedero. Pajaritas de las nieves, mosquiteros y vejetas pasan a veces solitarias, otras en grandes contingentes que sorprenden al observador.

Un vertedero, qué duda cabe, puede ser una trampa para muchos de los animales que pululan por él. Algunos restos pueden ser peligrosos de verdad y no es raro ver aves muertas porque se han atragantado con un plástico o algo peor. Pero también está claro que muchas especies gozan de una buena situación porque proliferan a partir de lo que provee la basura que producimos a diario y que acaba en esos grandes espacios donde la almacenamos. Quizá una gestión de la basura que tenga en cuenta que muchos seres vivos dependen de ella puede convertir los vertederos en fuentes de vida.